

# NO ES TIEMPO PARA *Amar*

LA SOLDADO GILCA



CARLOTA MANZANO



# **No es tiempo para amar: La soldado Gilca**

Carlota Manzano

**2020**

Primera edición: Enero, 2020

La soldado Gilca no sabía muy bien lo que hacía de misión en Kabul. Sin demasiada vocación militar, las extremas condiciones de vivir en pleno conflicto bélico la estaban llevando al límite. Justo en el más crítico de los momentos, el sargento Liam se cruzó en su camino. Ante sus sorprendidos ojos, los acontecimientos dieron un giro de ciento ochenta grados.

En el sitio más inhóspito del mundo, su cabeza le decía que no era tiempo para amar mientras que su corazón se empeñaba en demostrarle lo contrario. ¿Cuál de los dos estaría en lo cierto? ¿Estaría cayendo en una trampa del destino? ¿Tendría ante ella un espejismo o el amor verdadero habría llamado a su puerta? Demasiados interrogantes para una sola respuesta.

# Capítulo 1

No sabía qué hacía en ese lugar, ni siquiera qué me había llevado allí, más que ese arrebatado de querer demostrar algo que ni yo misma creía.

No me sentía militar, me sentía asalariada y con un trabajo fijo, que me permitía poner mantenerme a flote.

Me había separado de mi batallón. De repente estaba sola en medio de la nada, en esas tierras dominadas por el ansia de captura y si caía prisionera era mujer muerta.

Miraba hacia fuera a través de las ventanas huecas de esa casa destruida para ver si hallaba el modo de llegar al campamento, pero el panorama era desolador cuando mi mirada se encontró con un sargento de mi ejército.

Me miró y me hizo un gesto indicativo de para dónde nos íbamos a ir, aunque no representara mi salvación, me hacía sentir un alivio tremendo no estar sola en tierra hostil y poder aferrarme a ese compañero que también se había separado del grupo.

Me iba a cubrir, sus dedos avisaban que a la de una, a la de dos y a la de tres...

Corrí agachada hasta donde me indicó, una zona de arbustos y árboles, que logré alcanzar y esconderme.

Lo volví a mirar y me hizo un gesto de que lo cubriera, miré a todos lados y le saqué el dedo pulgar para que avanzara hacia mí.

—Sargento Chester —le hice el saludo—. Gracias a Dios que no estoy sola —mi voz sonaba agitada—. Soy la soldado Gilca.

—Tenemos un problema, la base está al otro lado de aquel pueblo —señaló hacia atrás.

—Tendremos que rodear por uno de los dos lados.

—Los guerrilleros están avanzando por el interior de las poblaciones, están desde allí colocados estratégicamente.

—También los tienen rodeados, debemos alejarnos por las montañas lo suficiente para que no nos vean. Soldado Gilca tenemos que irnos ya, ponte a cubierto, yo voy delante de ti, y vamos a avanzar hasta allí, no pierdas la zona de atrás.

El pulso me temblaba, recordaba aquellas palabras de mis padres de que no iba a ser nada en la vida. Eso sí, cabezona como era, me presenté a las pruebas del ejército sin saber que las pasaría y allí estaba en mi primera misión, jugándome la vida por el simple hecho de demostrar al mundo que podía ser alguien.

Fuimos avanzando mientras me sentía en el ojo del huracán. Para mí, que debía haber mil guerrilleros apuntándonos. Ésa era mi sensación en cada momento, pero quería demostrar fuerza y

dejar esa sensación a un lado, calibrar el peligro real y controlarlo, en la medida de lo posible.

Por fin logramos llegar a ese punto donde nos sentíamos un poco más seguros para planear el nuevo avance. ¿Habría sido sólo el buen hacer del sargento o Dios, el universo o lo que quisiera que fuera habían escuchado mis plegarias? Porque ya se sabe, una, creyente no es, pero cuando le ves la cara a la muerte haces un pacto con el mismísimo diablo, si es necesario.

El campamento principal estaba allí, en la provincia de Kabul donde se habían levantado dos campamentos de nuestro ejército. Nuestra misión consistía en minimizar los actos terroristas y para ello los asaltos a edificios, las operaciones nocturnas y las incursiones enemigas formaban parte de nuestro día a día.

—Vamos a tardar por lo menos doce horas en llegar hasta allí —me miraba con seguridad y eso me hacía sentir que había probabilidades de llegar.

—¿Crees que llegaremos de verdad?

—No creo, estoy seguro, pero tenemos que estar atentos en todo momento y con la cabeza fría —su mirada era convincente y su media sonrisa de consuelo era lo que me llenaba de esperanzas.

—Si me saca de aquí me tiene a sus órdenes para toda la vida —bromeé.

—No lo dudo, muerta no lo estarías —reímos en voz baja.

—También es verdad, mientras esté viva y en el ejercito estaré a su disposición —sonreí adoptando un gesto de resignación.

—Tampoco soy tan malo, es más creo que nunca cruzamos palabra.

—Nunca —sonreí.

Aunque pertenecíamos a la misma base en nuestro país, yo tenía otro destino cuyo mando no ostentaba él, así que lo conocía de vista, pero nunca nos habíamos parado a hablar, ni siquiera en aquella misión. Eso sí, sabía quién era perfectamente.

—La noche va a caer y es bueno para avanzar, ahora tenemos la oportunidad de hacerlo con más seguridad que si fuera de día.

—Lo que usted diga, me siento un conejo a punto de ser presa de los guerrilleros —miré hacia arriba.

—Tranquila, no tenemos otra que llegar hasta allí, así que pensemos en positivo y a confiar en que lo vamos a lograr, no contemplo ninguna otra opción.

—Mejor, mejor —asentía nerviosa mientras lo miraba.

Comenzó a visualizar cuanto estaba al alcance de sus prismáticos y yo lo seguía sin perder la vista a todos lados, sabía que podíamos llevarnos una sorpresa en cualquier momento. Y, si algo tenía claro es que no iba a ser buena.

Sentía un frío interior imposible de describir. ¿En qué diantres pensaba? En ese momento en el que por fin tenía un trabajo, aunque pensara que no valiera para él, voy yo y me meto en ese lío del Monte Pío.

Por el amor de Dios, si hasta ya tenía mi propia casa y con ello mi ansiada independencia, esa que tanto me había costado y que tanta ilusión me hacía, pero no, se ve que pensé que en Kabul había mejores fiestas.

Paramos al comprobar que un coche todoterreno salía del pueblo en dirección a la montaña, pero lejos, hacia el frente. Nosotros estábamos a un lado, a una distancia considerable. No obstante, no podíamos hacer ningún movimiento extraño.

Mi corazón se aceleraba por segundos, no quería que por nada del mundo ese coche cambiara

el rumbo ya que iban cinco personas que estarían deseosas de abrir fuego.

—Se van, tranquila, se van —no perdía la vista de ellos.

—Y que no vuelvan —murmuré en voz alta.

¿Habría escuchado mi aceleración? No quería ponerlo más nervioso, bastante tenía él con ser la cabeza pensante del asunto, pero lo mío era irremediable.

Me sonrió y me hizo un gesto con la cabeza para avanzar, yo veía que nuestro destino estaba a años luz de nosotros, que no tardaríamos doce horas sino una eternidad.

Me seguía temblando hasta el pelo, no veía avance alguno de aquella manera, pero obvio que lo estábamos haciendo. Sin embargo, mis miedos eran más grandes que mi sueño de llegar a ese punto, que ya es decir.

—Si llegamos a mí me tienen que arrestar —volví a hablar en voz alta.

—¿Y eso? —Se giró y levantó la ceja.

—Ya sé, no lo entiendes, pero eso significa que, si logro mi objetivo y llego, no me muevo hasta que me lleven para España. Vamos, que lo tengo claro. No salgo así me encañonen para obligarme —dije sin pensar que le estaba hablando a un suboficial. De todos modos, en la situación que estábamos no creía que me lo tomara en cuenta.

—¿Piensas que después de esta yo voy a salir del campamento de nuevo? —preguntó confirmando mi broma.

—Pensé que eras más valiente —me maldije por volver a hablar en voz alta, pero ya lo había dicho.

—Todos los somos hasta que nos vemos en éstas —me sorprendió su respuesta—. En cualquier caso, no es lo mismo estar en grupo que como los dos estamos ahora mismo y menos mal que nos hemos encontrado —seguía andando mientras yo iba detrás de él.

—La verdad es que es en estos momentos cuando una se plantea la de cosas que haría a cambio de no estar en esta situación.

—Si, es verdad —decía girando su cara para transmitirme su media sonrisa.

—Hasta me casaría con un guerrillero si me atrapara y me lo pidiera, todo con tal de no morir aquí —reí nerviosa sólo de imaginarlo.

—Yo te vendo a cambio de mi libertad —bromeó.

—Pues vaya aliciente me acabas de dar —negué incrédula.

Sinceramente, no lo creía. No sabía por qué, pero aquel hombre me transmitía seguridad. Quizás fuera por el simple hecho de que yo iba por allí sola como pollo sin cabeza hasta que me di de bruces con él o porque realmente sabía lo que hacía y eso se notaba.

Seguimos avanzando con cuidado extremo y sin hacer apenas ruido. Evitábamos hablar cuando estábamos andando ya que él iba pendiente a cuanto nos rodeaba. ¿Y yo? Yo iba pendiente a su culo, a ese que me guiaba hasta la posible salvación.

Hablando de culo, nunca me había fijado en él y no podía negar que a través de lo mucho que llevaba de ropa, mochila y demás, se dibujaba respingón, bien curtido.

Ya se me pasaba de todo por la cabeza, el miedo más que alejarme de pensamientos lujuriosos, me acercaba a una mezcla explosiva que evadía mi mente. ¿Explosiva tenía que ser el término? Vaya si era desafortunado, reí internamente.

Tres horas después parecía que no habíamos avanzado, pero obviamente no era así, además el sentido de la orientación y el olfato para desviarnos de peligro era el fuerte del Sargento Chester.

Se notaba a leguas, así que por momentos me transmitía más tranquilidad y ello a pesar de mis nervios, que hacían que se moviera hasta la campanilla.

Paramos un rato para beber agua y para tomar una de las barras energéticas que llevábamos.

—Debemos seguir avanzando, no podemos quedarnos mucho tiempo aquí.

—Vale —mi voz salió temblorosa, me notaba un poco cansada, pero nos quedaba mucho camino por delante.

—Vamos a salir de ésta, soldado Gilca —su sonrisa era más amplia.

—¿Seguro?

—Al cien por cien.

—¿Es mucho preguntar si ha salido usted de otras peores?

—Mucho peores, te lo aseguro. Y aquí estoy, vivito y coleando. Ya se sabe lo que dicen, «no tengo fuerzas para rendirme».

No la había escuchado nunca, pero la expresión me resultó de la más ocurrente. Yo tampoco iba a tener fuerzas para eso y menos yendo tan bien acompañada. El sargento mostraba una actitud que debía copiar.

Por suerte, era una noche iluminada que nos ofrecía un manto de estrellas bajo el que avanzábamos y que ayudaba a guiarnos por el camino. Al menos eso decía el sargento y como otra no había, me fiaba de todo lo que él dijera. Para ser honesta, si me hubiera visto sola para regresar creo que no lo hubiera logrado, ya que estaba totalmente perdida.

—¿Qué ha sido eso? —Temblé como una hoja y me quedé momentáneamente petrificada.

—No te preocupes, son fuegos artificiales, están de fiesta.

—¿Cómo puede tomarlo a broma?

—Porque no voy a arreglar nada diciéndote que ha sido una bomba. Eso ya lo sabes, igual que yo. Si lo preguntas en alto, es porque necesitas una respuesta que te reconforte. Y cualquier frase que incluya las sílabas bomba, por mucho que quiera adornarla, no te va a gustar.

Joder con el tío, tenía eso que está tan de moda de la inteligencia emocional. Éste debía ser de los que dicen cosas del tipo de «piensa en grande y pasarán cosas gigantes». Pues que pensara, que pensara y a ver si llegábamos a pasos agigantados de una puñetera vez.

Por mi parte, seguiría recreándome en la visión de aquel culo. Podía parecer una cría de quince años, pero no tenía nada mejor que mirar. Hacerlo a mi alrededor me daba pavor y su trasero hacía volar mi mente. A ver si estaba en lo cierto y me salían alas. No hubiera sido mala idea.

El camino estaba resultando un verdadero tormento. En la mayoría de los momentos debíamos guardar silencio total y eso no ayudaba. Entendía que así debía ser, pero, entre que yo era de hablar por los codos y que escucharlo me reconfortaba, me estaba costando la misma vida no sacar a pasear la lengua.

Paramos para beber agua. La sensación de sed era tremenda. Pese al intenso frío de la noche, en ese momento notaba mi garganta ardiendo. No era fiebre, que también podía haber sido el caso, era un calor que me dejaba seca, consecuencia sin duda del miedo. ¡Y no era para menos!

—Tu primera misión, siempre pasa, bebe.

—¿Tanto se me nota? —Esbocé una leve sonrisa.

—Un poco, pero no te preocupes, cuando lleves un montón la cosa cambia —y debía ser



verdad porque, aunque él sabía que no estábamos en un juego de la *Play Station*, mis manos temblaban hasta el punto de que me costaba mantener firme la cantimplora y las suyas no.

Bendito encuentro porque si, no me hubiera topado con él, me imaginaba dando más vueltas que un garbanzo en la boca de un viejo.

—Sí, sí, supongo, pero vamos, que no va a haber próxima. Yo cuando llegue a España, me voy a coger un destino tranquilito y no salgo de allí más que para hacer turismo. O sea, que a la siguiente va a venir Rita la Cantaora, no sé si me explicado.

—Perfectamente, como un libro abierto —negó con la cabeza.

—¿Y en qué piensa cuando avanza?

—En sobrevivir, sólo en eso. Y creo que no se me da mal del todo —rió. Sí, fue capaz hasta de reír en aquella situación de tensión máxima. Admirable, tomé conciencia de que hay personas que están hechas de otra pasta.

—No, parece que no. Es más, se le da muy bien —sonreí un poquito.

En ese momento, me di cuenta de que me hacía pis irremediablemente y el caso es que me daba apuro decirlo.

—Mi sargento, no sé cómo decir esto.

—Di lo que sea, no creo que me asuste —volvió a negar ante la incertidumbre que transmitía mi voz. El pobre debía estar pensando en cualquier cosa.

—Necesito hacer pis.

—Vale, no sabía por dónde me ibas a salir y es el menor de los males —sonrió y la noche se iluminó un poco más.

—Vale, pues lo hago allí —señalé un montículo de piedras que servirían para resguardarme.

—Tranquila, yo te cubro.

Surrealista pero cierto, así funcionaba aquello. Lógicamente, se colocó de espaldas a mí. ¡Hasta ahí podía llevar la broma!

Fue terminar y pretender reanudar la marcha.

—¡Alto ahí! Yo también soy humano. Cúbreme tú.

—Claro —de haber sido de día se hubiera notado una cierta rojez en mis mejillas. Él parecía estar muy acostumbrado a todo aquello y manejaba la situación con extrema soltura.

Anduvimos muchas horas más a pesar del cansancio que ya comenzaba a hacer mella en nosotros, pero las ganas de conseguir nuestro objetivo podían con todo.

Por el camino escuchamos muchas bombas más y cada una de ellas se me metían hasta el mismísimo sentido.

—No te preocupes, suenan muy lejos —estaba muy atento en todo momento.

—Gracias, aun así, acojonan —no quería yo imaginar cómo sonarían entonces si cayeran al lado.

—En nada estamos contando esto como una batallita más, venga.

—Claro, claro.

Por fin avanzábamos solos y, aunque aún estábamos a muchísima distancia, lo hacíamos a la altura del pueblo. Aquello nos indicaba que cada vez estábamos más cerca, aunque había que ser cautos y no debíamos cantar victoria con tanto adelanto.

Pensaba en llegar y partirme una pierna para que me sacaran de allí. El cariz que estaba tomando aquello ya no me gustaba. No quería permanecer ni en el campamento, quería volver a mi

país y olvidar esa guerra en la que yo no tenía arte ni parte. ¿Quién me habría mandado a mí alistarme en el ejército?

Se produjeron unos movimientos que nos obligaron a pararnos durante un buen rato detrás de un arbusto de una de las tantas montañas que había allí.

—Dios mío, como vengan hacia aquí me doy un tiro antes de que me capturen —me puse la mano en el pelo echándolo hacia atrás.

—No pienses esas cosas, no nos verán, espero que vuelvan al pueblo rápido, pues nos conviene seguir avanzando de noche.

—¿Cómo puedes ser tan optimista? —Me maravillaba su actitud. Si yo tuviera que darle ánimos a otro, iba listo.

—Te lo dije antes, es simple y llana cuestión de supervivencia. ¿Tú no sabes eso de que todo está en la cabeza?

Aquello sonaba muy bien, pero en la cabeza lo único que debía estar era la capacidad de autocontrol, porque las bombas, por desgracia, estaban fuera, igual que aquellos soldados ávidos de sangre.

En ese momento pensé que, si alguien buscaba en la Wikipedia la palabra «miedo», debía salir una foto con mi cara.

—¿No te fumarías un cigarrillo? —pregunté.

—No, más que nada porque no fumo —volvió a sonreír.

—¡Claro, así cualquiera! Pues yo moriría por encender uno si lo tuviera aquí.

—Claro, y ya de paso, enciendes también una bengala y anuncias a los cuatro vientos nuestra posición —su tono era pausado, como diciendo «cabeza de chorlito».

—Pues sí —pese a todo, casi me hace reír a mí también—. No había caído en eso. Los nervios no paraban de hacer que la cagara.

Los gritos en árabe y esos coches dando vueltas con hombres levantando las armas me colocaban al borde del desmayo.

El problema es que teníamos armamento para echar a volar, íbamos abastecidos de granadas, pero eso llamaría la atención de todos los guerrilleros que habían tomado el pueblo y seríamos carnaza para ellos.

Y eso por no mencionar que aquella zona estaba repleta de minas y que un paso en falso podía acabar con nosotros en cero con dos. La precaución debía ser máxima.

Mejor ni pensar, sólo rezar porque aquellos malhechores se fueran lo antes posible y nos dejaran el camino libre para continuar.

Y eso hicimos cuando llegó el momento y con él la última etapa para alcanzar nuestro objetivo, aunque no tardó en comenzar a amanecer.

Ya lo veíamos ante nosotros, pero justo estábamos en un punto mucho más peligroso, por lo que debíamos avanzar con pies de plomo.

Lo hicimos lentamente hasta aquellas vallas que separaban el hecho de estar solos a pasar a estar arrojados con todos los medios para poder salir de esa misión vivos.

Última duna hasta llegar y hacer que nos vieran para que nos abrieran las puertas.

Mi corazón iba a mil, Liam como se llamaba el sargento, al que yo debía llamar por su apellido me hizo un gesto de que no me moviera. Uno de los soldados miró hacia nosotros desde las torres del campamento, nos habían visto y ahora tenía que comprobar que no pertenecíamos a

las filas enemigas.

Se dio cuenta enseguida cuando levantamos un poco los cuerpos y nos vio vestidos con los uniformes de nuestro ejército y detectó las señales que teníamos que hacer a modo de contraseña y que iba transmitiendo con sus dedos mi sargento.

Gracias al cielo respondió y las puertas se abrieron, tras lo cual salieron inmediatamente muchos compañeros haciendo un pasillo para cubrirnos.

—A correr —me ordenó haciendo que comenzara a seguirlo.

Y eso hice, correr con todos mis fuerzas mientras los soldados avanzaban hacia nosotros para protegernos.

—Vamos, vamos, vamos —se escuchaba por parte de ellos que se recogían de espaldas mientras avanzábamos al campamento al que logramos llegar casi trece horas después.

Me eché al suelo a llorar cuando las puertas se cerraron y Liam hizo lo mismo a mi lado para abrazarme.

—Te he traído sana y salva, lo he conseguido —intentaba consolarme para que estuviera feliz y tranquila de estar ya en el lugar correcto.

—Gracias, sargento Chester —lloré emocionada. Estaba temblando.

—No hay de que —me regaló una media sonrisa y me ayudó a levantarme y quitarme todos los bártulos que llevaba encima. Ha sido un placer volver con tu compañía.

—No he sido de gran ayuda —sonreí con tristeza.

—Pero has sido mi compañía —recalcó.

Afirmé con la cabeza, mi rostro reflejaba el cansancio, así que me puse firme y lo saludé con la mano en mi frente. Él asintió con la suya, dándome permiso para marcharme...

## Capítulo 2

Había dormido unas seis horas desde que llegamos.

Fui directa hacia la tienda donde estaban las camas de mi batallón y me tumbé en la mía para descansar un rato. Sentía como si hubiese pasado un tren por encima de mi cabeza.

Justo en ese momento me estaba desperezando.

—Nos volvimos locos al descubrir que no estabas entre nosotros —escuché a mi espalda la voz de mi compañero Cristian, mi cabo primera.

—Imagino. ¿Cuándo volvisteis? —Me levanté de la cama.

—Dos horas después que vosotros, en cuanto nos avisaron por radio de que estabais en el campamento.

—He pasado un miedo que me he cagado toda —me salió del alma, además en ese momento estábamos hablando como amigos, ya que nos considerábamos así y fuera del trabajo quedábamos muchas veces para tomar algo.

—Tuviste suerte de encontrarte con Liam.

—Bueno, creo que me encontró él —negué pegándome a Cristian y lo abracé.

—Vamos a tomar un café —agarró mi mano y nos dirigimos a la parte de la cocina.

Pedimos dos cafés al chico que estaba en la barra y nos sentamos en las mesas que había alrededor. Al menos teníamos ese lugar para ir a tomar algo como hacíamos en la calle, aunque no era precisamente un moderno local temático sino un espacio de arena y piedra, como una caseta de cualquier feria.

Vi que entraba Liam y miraba en todas las direcciones. Parecía estar buscando a alguien. Cuando me vio, se acercó.

Fuimos a levantarnos para saludarlo, pero pronto estiró la mano para que no lo hiciéramos. Miró al camarero señalando nuestros cafés para que le pusieran uno y se sentó con nosotros.

—¿Qué tal dormiste, Alina?

—Dormí, que ya es suficiente. Pero creo que caí en coma, no me desvelé en ningún momento.

—Hiciste bien —sonrió mirando a Cristian. Ellos se conocían de haber hablado más veces.

—Vaya faena, estuvimos tanto los tuyos como los de mi equipo buscándoos como locos, nadie pensaba volver sin encontraros —contaba Cristian.

—Yo me desvié en el avance del marcaje a pie —dije recordando ese momento en el que vi los coches alejarse del mí.

—Lo mismo que me pasó a mí, pero con un recuento de marcaje en el que los míos pensaron que yo ya me había montado en el otro vehículo.

—Yo ya no salgo más de aquí hasta que me lleven a mi casa —advertí a sabiendas de que en cuanto me reclamaran para lo que fuera lo tendría que hacer.

—Bueno, no siempre correremos la misma suerte —sonrió.

—Sobre todo suerte —reí mientras negaba—. Ya me veía casándome con un guerrillero de esos que no se lavan en meses, sudoroso y encima pensando que era el hombre más sexy del planeta —suspiré, resignada.

—Lo de exagerada lo llevas de serie ¿eh?

—Cristian, ahí fuera y sólo te quería ver yo. No sabes las cosas que se te pueden pasar por la cabeza.

—Menos mal que en mí confiaba. —Liam tenía un toque de humor muy irónico y eso me gustaba. Hacía que me sintiera relajada a su lado, no me imponía como muchos otros mandos.

—No había nadie más —me encogí de hombros— así que no me quedaba otra que hacerlo, aunque debo reconocer que jamás pensé que fueras capaz de llegar al campamento sin habernos perdido antes varias veces. Si no te hubiera encontrado, yo estaría todavía dando vueltas al mismo sitio, tipo peonza —causé una carcajada en ellos.

—O ya estarías casada —bromeó Cristian por lo de si me capturaban.

—Calla, calla —me puse la mano en la frente—, ¡qué asco, por favor! Y lo peor de todo sería que me obligara a subir a Instagram la foto de nuestro enlace —reí imaginándolo.

—Lo mismo te harías viral bajo el titular de «Militar española se casa en misión con un terrorista» —movía las manos haciendo el gesto de ampliar en plan noticia.

—Chica alegría se iban a llevar mis padres —sonreí bromeando y me agaché para atar el cordón de mi bota, que se había soltado.

—Tus padres estarían alucinando si supieran que su hija es una superviviente de una noche en la zona hostil.

—Cristian, lo mismo rezaban para que no consiguiera llegar, no los pongas a prueba —moví ligeramente la cabeza hacia un lado con un gesto que indicaba que no dudaba que pudiera pasar.

—Yo veo que te quieren mucho —sonreí con amplitud mientras Liam nos miraba sonriente.

—Algo me quieren, mucho no sé —volteé los ojos y me terminé el café.

—Mal concepto tienes de ellos —reía negando rápidamente.

—El que me transmiten, no sabes cómo se las gastan, bendito el día que cobré mi primer sueldo y me independicé —recordé lo feliz que fui ese primer día que pasé en mi nueva casa, sola.

—¿Vives sola? —me preguntó Liam.

—Sí, desde ese día, aunque allí estuve un año. Después me ofrecieron un apartamento de embargo del banco y me lo financiaron, así que me lo compré. Poco a poco lo reformé y hoy es lo más coqueto del mundo. No vuelvo a casa de mis padres ni así me pongan un Ferrari en la puerta —reían escuchándome.

—Vaya, mujer independiente, militar, simpática y ¿no tienes pareja?

Madre mía, vaya si se había vuelto curioso mi sargento ¿acaso le habría dado un flechazo conmigo? Aguanté la risa y le contesté.

—No hay hombre al que yo le dure más de dos semanas y eso si nos vemos de viernes en viernes. Si es más a menudo, no les duro dos noches seguidas —me salió una carcajada mientras Liam miraba riendo a Cristian por lo que yo estaba diciendo.

—Me voy que tengo que hacer un recuento —se levantó Cristian dejándonos allí mientras se iba riendo.

—¿Tan mal te portas con ellos? —preguntó mirándome sonriente.

—Yo soy una santa, el problema es que quieren dormir conmigo nada más conocerme. Ni que fuera su madre para arroparlos. Quitá, quitá, entonces me pongo borde y no me duran hasta el día siguiente —me rasqué el cuello imaginándolo.

—O sea, que no quieres sexo pronto —sonrió, buscándome la lengua y eso era lo que más me estaba gustando de él.

—Sexo sí, al momento si el chico me gusta, vamos eso no me lo pierdo, pero ya a la hora de dormir, que se vuelva a su cama, que en la mía sólo duermo yo —moví la cabeza lentamente hacia un lado y abrí las manos mientras él se reía.

—Tampoco pasa nada por dormir con alguien una noche —hizo un pequeño carraspeo.

—Ni por no dormir, sólo hay que ser tolerantes —lo miré con seguridad por lo que había dicho.

—Tolerante serías si los hubieras dejado dormir —sonreía.

—No, tolerante es ejercer la acción tolerar y respetar las decisiones de los otros, vamos, lo que me quieres decir es más complacer que otra cosa.

—Viéndolo así, tienes razón.

—Un punto para mí y para el sargento, cero —hice el círculo con los dedos mientras sonreía con amplitud por haber llevado la razón.

—Todavía te puedo arrestar —bromeó girando hacia el camarero y haciendo un gesto con su taza de que trajera dos cafés más.

—Venga, no eres capaz —le desafié riendo ya que si me arrestaba no me sacaban del campamento que justo era donde quería estar. En ese momento me di cuenta de que había empezado a tutearlo, tal cual, pero la ocasión lo requería. Además, estábamos a solas, era suficiente con mantener las formas en público.

—Bueno, ya quisieras, además hice un ligero cambio con tu batallón y, la próxima vez que salga te vienes conmigo. Así, por lo menos, si nos perdemos que sea juntos, ya que nos sabemos bien el camino de vuelta —bromeó.

—Deja, deja, no me la juegues ¿eh? —advertí mientras él recogía los cafés de la barra, que estaba cerca—. Además que soy una de las que más veces salí en los cinco meses que llevo aquí.

—El mismo tiempo que yo y siendo mando salgo con frecuencia —se sentó con los cafés.

—Para eso cobras más —dije con descaro provocando una risa en Liam.

—Alina, créeme que prefiero no cobrar este mes y no tener que salir.

—Y yo, ni lo dudes —reía.

—Ya sólo nos quedan quince días y vienen nuestros relevos.

—Qué ganitas, por Dios, de ver sus caras entrando por las puertas —puse cara de resignación.

—Yo estoy loco por regresar, salir a la calle, pasear, disfrutar de mi casa. Parece que estuviera muy lejos, pero son sólo dos semanas.

—Yo de tirarme en mi sofá horas y horas, comiendo lo que me dé la gana, viendo los programas de cotilleo e ignorando las llamadas de mi madre.

—¿Haces eso?

—Claro, me llama quince veces al día, así que le cojo la de primera hora de la mañana, luego

al mediodía y la de por la noche. El resto que suene, paso.

—Y será verdad...

—De verdad, palabra —me puse la mano en el pecho— lo peor de todo es que nos llevamos fatal, pero mal, mal, no te imaginas hasta qué punto.

—Ya te digo que en el fondo os queréis mucho, yo no hablo con mi madre más de dos veces en semana y eso que nos adoramos.

—Mi madre lo hace por joderme, te lo digo yo.

—No creo, no debe estar tan aburrida —reía.

—Qué no, dice, no la conoces bien, además de joderme a mí, lo hace con su hermana, menos mal que viven lejos la una de la otra, pues de lo contrario ya hubiera llegado la sangre al río —resoplé recordándola—. Es una mezcla entre el bien y el mal. —Quiere aparentar ser buena, preocuparse, estar ahí, pero a la vez no para de lanzarte indirectas muy directas para hacerte sentir mal.

—Pero son todas las madres, lo hacen a modo de riña —hizo un intento de reflexión para que la entendiera.

—Un día si quieres te la presentaré y estarás con ella una horita para que luego me cuentes qué tal —sonreí con ironía.

—Seguro que genial, suelo empatizar mucho con las personas.

—No la conoces —reí.

—Ten en cuenta que, por mi trabajo, tengo que tratar de ponerme en los zapatos, o mejor dicho en las botas, de mis subordinados. Y tratar de llevarme lo mejor posible con todos ellos. Y eso que cada uno es de su padre y de su madre.

—Ya, eso sí, bueno y no lo debes hacer mal porque la gente te aprecia.

—¿Y eso? ¿Lo sabes de buena tinta?

—Sí, sí. Además, te voy a dar la prueba más evidente, no tienes mote.

—Vaya, eso me deja más tranquilo.

—Claro...

—¿Y mis compañeros sí?

—Alguno que otro, pero no esperes información privilegiada. No soy ninguna chivata —reí.

—Vaya, ¡y yo que creí que podría sonsacarte!

—Nada de eso, que la información es poder y luego son los problemas. Yo calladita, que en boca cerrada no entran moscas.

—Pues a mí no me pareces precisamente una persona calladita.

—¿Cómo dices eso? Me estás haciendo daño en el corazoncito —bromeé, llevándome la mano al pecho— yo, que soy toda prudencia.

—Sí, sí, se nota, se te ve la mar de prudente.

—Ya me vas conociendo, ves que no, ni falta que me hace. Eso sí, lo que soy un rato largo es transparente. Odio a la gente que no va de cara. Yo pienso algo y lo digo, ¿peco de imprudente? A lo mejor sí, pero de lo que no quiero pecar es de falsa. Eso nunca.

—Créeme que te creo —sonrió.

Los gestos de su cara me comenzaban a llamar mucho la atención. Eran preciosos, nada exagerados, serio, pero con ese punto de ironía y humor que me causaba mucha gracia. Era muy guapo, con su mandíbula marcada, un tono de piel ligeramente dorado, pelo castaño como sus

ojos, con ese corte de pelo cuadrado y la raya a un lado, que le quedaba genial.

Liam debía tener unos años más que yo. Se notaba por su madurez y por las facciones de su rostro, aunque estaba perfecto. Otra cosa es que se viera que veintiocho años como yo, no tenía.

Estuvimos charlando hasta que oscureció y nos comimos unos bocadillos allí mismo, no teníamos nada mejor que hacer en esos momentos.

Me contó un poco sobre su vida. La chica con la que se iba a casar lo dejó unos meses atrás por otro y por eso pidió ir a esa misión, para alejarse lo máximo posible de allí.

Ahora vivía solo en su piso, ella fue la que se marchó pues lo había comprado él, así que estaba reconstruyendo los pedazos en los que se había convertido su vida. Por supuesto le saqué la edad, treinta y siete años, nueve más que yo.

—¿Y cómo lo llevas?

—Ahora mejor. Creo que tomé la decisión acertada. Poner tierra de por medio ayuda.

—Imagino.

—Con los antecedentes en los que me has puesto, supongo que nunca te habrá ocurrido algo parecido.

—Me temo que no —negué, sonriendo. En ese momento era yo quien procuraba empatizar con él, suponía que no habría sido plato de gusto.

—Pues es jodido, para qué nos vamos a engañar. Para mí la lealtad es un valor prioritario, pero se ve que, por desgracia, no abunda.

—Eso es verdad, ¡si yo te contaré cómo está el patio! Por eso no me como demasiado el tarro. La mayoría de la gente no sabe lo que es la lealtad, ni le interesa.

—Ya...

—Vamos, que cuando estaban repartiéndola, se despistaron y se fueron para otra cola.

—Eso debe ser —rió y después se quedó callado.

—¿Has visto un fantasma? —Le pasé la mano por delante de los ojos.

—Para nada, es sólo que acabo de caer en la cuenta de que es la primera vez que me río hablando de este tema y me ha llamado la atención.

—Pues eso es bueno, ¿no?

—Sí, habrá que celebrarlo un día con una cerveza bien fría...

—O con dos...

—O con tres, ya puestos...

Y hablando de ponerse, un poco sí que me estaba poniendo yo en aquella conversación que ya duraba un buen rato, pero a la que se notaba que ninguno de los dos teníamos ganas de poner punto final. Después de las difíciles horas vividas, lo estábamos pasando muy bien.

Hay quien dice que vivir una situación traumática en compañía une a las personas y esa sensación era la que me estaba dando. Ambos estábamos a gusto y cada vez iban saliendo más temas a la palestra.

—¿Toca retirada? —preguntó en un momento dado, arqueando la ceja.

—Eso parece —no sabía quién, pero alguien debía haber toqueteado las manecillas del reloj, ¡no era normal que hubiera pasado tanto rato!

Me acompañó hasta mi tienda y nos despedimos hasta el día siguiente, que nos veríamos por allí. Ninguno de los dos tenía programada salida por el momento. ¡Ojalá siguiera así por mucho tiempo!



Me acosté sonriente. Para mi sorpresa, no lograba apartar de mi cabeza a Liam. Era lo último que me podía esperar, enamorarme en plena guerra y de un mando...

## Capítulo 3

La alarma sonó y me levanté precipitadamente para ponerme las botas y salir.

—¿Qué pasa? —pregunté a un compañero que me encontré de camino.

—Posible sabotaje. Han avisado los puestos de control de que han perdido de vista a dos coches con enemigos armados.

—Lo mismo de siempre —resoplé y me acerqué a la zona donde estaba mi batallón y los mandos de éste.

Aquello empezaba a parecerse mucho a un suplicio. Cada día la misma canción. Allí no había quien durmiera una noche seguida y, si lo hacías, lo normal es que terminaras hasta teniendo pesadillas con el sonido de las bombas o con la visión de un terrorista encañonándote.

Me acerqué y nos avisaron de que los soldados del ejército enemigo ya estaban rodeando el campamento base.

Teníamos que ponernos en nuestros puestos y apoyar a los de las torres y muros en caso de ataque.

Me coloqué el cargamento, fui a mi puesto y recé porque los pillaran antes de llegar a nosotros. Yo no había nacido para eso y me ponían en máxima tensión aquellos momentos.

Pese a ello y, a decir verdad, no creía que los mismos pudieran dejar indiferentes tampoco a ninguno de mis compañeros, por mucho que la mayoría fueran militares de vocación.

Miré y vi la cara de circunstancias de mi amiga y compañera Olga, a la que adoraba y que reflejaba el peligro que se respiraba.

Afortunadamente, la situación se resolvió pronto. A veces, la espera era interminable, pero no fue el caso. Lanzaron un misil que destruyó uno de los coches que se acercaba hacia nosotros. Era de esperar que el que avanzaba detrás terminara por darse la vuelta.

No tardaron en pillarlos los de apoyo de control, así que nos avisaron para que todo volviera a la normalidad.

Eran ratos, que no solían durar más de un par de horas, que me parecían años. Me agotaban la mente por completo, no veía el día que me fuera de allí.

Me acordaba de Ruth. Era maestra de escuela y mi mejor amiga de toda la vida. Cambiamos de rumbo porque, mientras ella fue a la universidad, yo me toqué la barriga unos años hasta que la presión familiar me hizo buscarme la vida, lo que me llevó a intentar entrar en el ejército sin saber que lo conseguiría tan rápido.

La echaba mucho de menos, teníamos mucha complicidad y era una parte importante de mi vida. Salíamos todos los sábados y solía quedarse en mi casa a dormir e irse el domingo por la

noche.

La imaginaba diciéndome que qué hacía una chica como yo en un sitio como ése. Y razón no le faltaría. ¡Vaya si estaba resultando difícil! ¿No me podría haber metido a poner copas? No, yo necesitaba demostrar más. ¿Y dónde estaban aquellas personas ante las que me quería justificar? Pues en sus confortables casas, viviendo una vida tranquila.

En cuanto a mí, estaba pasando en Kabul más miedo que siete viejas. Bueno, ya eran habas contadas. Al fin y al cabo, quien no se consuela es porque no quiere y yo en breve estaría poniendo rumbo a España.

Mi mente voló durante unos segundos y fue a imaginar la primera juerga que me correría con Ruth en cuanto volviera. Desde luego, que no se la iba a saltar un galgo. Sería la releche. Todo llegaba y ya lo tenía ahí, tocándolo con la punta de los dedos.

Escuché una voz llamándome.

—Alina —me giré y allí estaba Liam sonriente.

—Hola —sonreí—. Menudo despertar el de hoy.

—Bienvenida a Kabul —levantó las manos.

—A territorio enemigo —suspiré con resignación.

—Te invito a un café. ¿Te apetece?

—Claro, todo sea por matar este jodido tiempo —lo seguí.

—No queda nada, en un abrir y cerrar de ojos ya estás en el sofá de tu casa recibiendo las llamadas de tu madre —bromeó.

—Le daré tu teléfono —me encogí de hombros.

—No lo tienes...

—En lo que queda hasta que nos vayamos te he sacado el número, una cena, unas copas y hasta un viaje a París —bromeé.

—Pues sí que pides —reía poniendo los labios hacia fuera.

—No lo sabes bien, ya sabes otra cosa sobre por qué no les duro dos días a los hombres —sonreí un poco payasa.

—Ya veo —hizo un gesto con la cara y luego le dio un trago al café.

Le estaba dando un poco de caña aposta. Me resultaba de lo más divertido. Por mucho que fuera un mando, entre nosotros estaba surgiendo una complicidad que permitía que me pudiera tomar esa licencia.

Pensé que el cafelito me caería de lujo. Estaba helada de frío. Eso era algo que iba a echar mucho de menos cuando me fuera de allí, dicho con toda la ironía, el puñetero frío que estaba pasando. Tenía ganas de llegar a casa y resetear y cuando lo hiciera no me iba a acordar ni de dónde se situaba Kabul en el mapa.

Seguí a Liam Me encantaba charlar con él, podía ser yo en todo mi ser, con mi esencia, sin fingir simpatía ni tener que ser prudente. Con él me sentía yo y eso me sucedía con muy pocas personas.

Detrás de su sonrisa pude comprobar un poco de dolor, lo que le había pasado con su pareja lo llevaba bien dentro y aunque quisiera hacer ver que estaba bien, no lo estaba completamente. Al menos eso sí, yo ya había conseguido quitarle hierro al asunto en nuestra anterior charla.

Me contaba su día a día. Comprobé que teníamos muchos lugares en común, que frecuentábamos para salir a cenar, comer, ir a la playa, pero nunca nos habíamos encontrado por

ninguno de ellos. ¡Me cachis! Seguramente, de haber sido de otra forma, no lo hubiera olvidado.

Empecé a contar mil y una anécdota de mis salidas con Ruth y él es que se partía. Su gesto se transformaba en esos momentos y dejaba la seriedad de lado.

—No me lo puedo creer, pero vosotras sois como Zipi y Zape en versión femenina —reía.

—Un poco mortales sí que somos, para qué nos vamos a engañar. ¿Conoces a Julio el del bar «Alunizaje»?

—Sí.

—Pues ése siempre nos está diciendo a Ruth y a mí que nos contrata cuando queramos, que sabe que le llenamos el bar en un periquete.

—¿Y eso? Me tienes que contar. Ni se te ocurra dejarme así.

—Eso desde que una noche nos apostamos con él que, si le llenábamos el bar, nos invitaba a copas un mes.

—¿Y ganasteis?

—¿Tú qué crees? No me hubiera llamado Alina de no hacerlo. Bueno, ni ella Ruth.

—Pues ya me tienes que contar cómo...

—¿O?

—Lo de que te arresto lo he utilizado ya y no cuela, ¿no? —rió.

—Más bien no, pero vaya no me haré de rogar: Ruth y yo hicimos un bailecito en la barra, tipo Bar Coyote y allí salió gente hasta debajo de las piedras.

—¿No será verdad? —Sonaba de lo más asombrado.

—Ya sabes que sí —reí.

—No me pierdo una salida contigo —negó con la cabeza.

—Hombre claro, hasta entonces no ibas a saber lo que es diversión.

De nuevo comprobamos que los relojes debían estar todos estropeados, porque era imposible que, charlando, charlando, hubiera llegado la hora del almuerzo, momento en el que se retiró para ir a compartirlo con los de su batallón, igual que yo con los del mío. No hizo falta articular palabra, sabíamos sin decirlo que más tarde nos volveríamos a encontrar.

Me senté junto a Cristian y sonreí como una niña pequeña.

—Has estado con el sargento ¿verdad? —Aguantó la risa que se esfumaba entre sus labios.

—Sí —sonreía—. Tiene algo...

—Es un mando, está muy cuidado el tío y tú te has derretido —sonrió encogiéndose de hombros.

—Creo que sí, me he derretido y lo peor de todo que lo sigo haciendo —solté una carcajada.

—Se ve un buen hombre, siempre me cayó muy bien y cuando vi que estaría con nosotros, de misión en Kabul, me dio alegría.

—Más a mí, que me salvó la vida.

—Te veo enamorándote de él —frunció el ceño.

—No es lugar para ello —negué riendo.

—Bueno, en cualquier lugar es posible, eso cuando llega, llega.

—Pero no es amor —reí como una quinceañera.

—No, ¡qué va! Es peor, pues parece que te has caído de un guindo.

—¡Exagerado! —Le di una palmada en el brazo.

—Alina, sólo hay que verte. Ahora eres capaz hasta de desear no irte, a ver si te crees que no

te conozco. Es ya mucho tiempo y hemos compartido muchas cosas.

—Irme sí, ya lo pillaré en la ciudad o en la base —reí.

Tras el almuerzo, volví a la zona del café donde ya estaba él esperando sonriente.

—Has tardado... —extendió la silla para que me sentara.

—No habíamos quedado —volteé los ojos, sonrojada.

—Vaya, pensé que sí —hizo como el sonido de un carraspeo provocándome una sonrisa floja.

Si yo era echada para adelante, él a su modo, elegante y más reservado, no se quedaba atrás. Eso le daba un aire interesante, que a su vez me provocaba un pellizco en el estómago.

Me comentó que al día siguiente le tocaba salir y eso me dejó un poco triste e intranquila, pero disimulé como pude. Aun así, es posible que él lo notara, pues desde ese momento ya me resultaba un poco más complicado sonreír con naturalidad.

Finalmente, fue él quien sacó el tema.

—Mañana salgo, pero pienso volver pronto. Reconozco que este rato de cafelito me apetece, así que no me lo pienso perder. En dos días, otro.

—Eso espero —en el fondo lo dije con un poco de miedo.

Me estaba pasando que, cuantos menos días faltaban para irnos, menos me apetecía que corriera ningún peligro ninguna de las personas que apreciaba ni correrlo yo. Quedaba muy poco y no estábamos para sustos. La gente estaba de lo más animada. Se notaba en el ambiente que ya teníamos un pie en Kabul y otro en España.

Enseguida cambió el tercio. Nos apetecía poner foco en lo agradable.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando llegues a casa? —extendió los pies y me regaló la mejor de sus sonrisas.

—Darne una ducha caliente de una hora seguida. Sin prisas y sin nadie esperando turno. Eso va a ser para alucinar.

—Buena idea. En mi caso lo cambiaría por un baño relajante, con música de fondo y hasta, si me apuras, unas velitas.

—¡Dichoso tú que tienes bañera! —Me reí y noté claramente como que iba a decir algo y se calló de pronto.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, nada —su risa era de ocultar algo— obvio que le pedía el cuerpo decir que nos podíamos bañar juntos, pero el tío tenía mucho estilo. Me encantaba. No iba a saco ni nada parecido.

Pasamos la tarde juntos e inclusive cenamos otro bocata de los que hacían en esa especie de cantina. Apetito, desde luego, no nos faltaba. Además, él debía comer bien. En aquella misión, uno sabía cómo salía de la base, pero no cómo volvía, ni cuándo. A la vista estaba lo que nos había pasado a los dos en la última salida. Por esa razón, lo mejor era llevar las reservas llenas.

Nos despedimos y le desee mucha suerte. Ya nos veríamos a los dos días, aunque eso a mí me dejaba hecha polvo.

Me acosté triste, decaída con la sensación de estar sumida en el caos, de ser incapaz de poner orden en mi vida. Eso era lo que me estaba pasando en aquel lugar. Aparte, también comenzaban a pesar los sentimientos, que por mucho que quisiera negar, me iban acercando a Liam.

No pensaba que estuviera enamorada, pero sí era consciente de que me estaba atrayendo mucho más de lo normal. Lo veía interesante, misterioso, en cada momento correcto, con esos

toques divertidos que dejaban muchas incógnitas abiertas en las conversaciones. Una mezcla que me hacía sentir que era especial.

Había estado con muchos chicos, pero ninguno era como él. Percibía mucha madurez por su parte. Daba la sensación de ser una persona capaz de aportar mucho con cada conversación, con esos cafés llenos de complicidad que nos habíamos tomado.

Estaba deseando despertar y que el día siguiente pasara rápido, sin que me dejara pensar demasiado. Me analizaba y sentía algo tonta, en tan poco tiempo y ya así, pero ciertos sentimientos no se pueden frenar y mucho menos obviar.

Y es que, por mucho que me quisiera convencer a mí misma de que sólo me sacaba unas sonrisas y me aportaba alegría, la cosa iba más allá. Sentía la necesidad de estar con él a deshoras, de pasar cada momento del día a su lado, de conseguir paliar esa sensación de soledad que me producía el no estar a su lado.

Me costó dormir y no sé en qué momento lo conseguí, pero cada vez que miraba el reloj las manecillas parecían inmóviles.

## Capítulo 4

El día amaneció en Kabul y con él la sensación de que a ver cuándo llegaba la paz a ese territorio.

Fui a desayunar con la seguridad de que no vería a Liam, pero traté de animarme. Total, en cuanto anocheciera, ya él estaría de vuelta y podría tachar otro día en el calendario que tenía en mi mente.

Me aseé, me despejé un poco y me dirigí a que me inyectaran el primer café del día en vena. Me dio mucha alegría ver allí a Olga y a Cristian.

—¿Cómo has dormido, guapa? —Mi amiga, siempre tan atenta.

—Regular, ¿por qué? ¿Se me nota mucho?

—Bueno, digamos que me parece que has tenido días mejores, amiga.

—Puede ser, ¿tengo algo de ojeras?

—Un poquito.

—Un poquito, como un mapache, quiere decir, lo que pasa es que es muy diplomática. — Cristian lo era menos.

—Gracias, capullo. Sí, ando algo preocupadilla.

—¿Hasta que vuelva Liam? —preguntó Olga.

—Veo que ya te han puesto al tanto. Este jodido es como para guardar un secreto.

—¿Yo? Purita discreción —rió.

—Anda y que te den morcillas.

—¿Te gusta? —Ella era muy romántica.

—Creo que un poco.

—Un poco, bastante —volvió él a meter baza.

—Oye, tú estás como el apuntador. ¿No tienes por ahí a alguna americana de esas buenorras que te molan para echarle un ojo?

—Pues mira, luego echaré un vistacito por ahí, que a nadie le amarga un dulce.

—Sí anda, búscate tus propias historias que, si no, te veo todo el día metido en las mías —reí, mientras hacía una bola con una servilleta que, sin pretenderlo, le colé en el café.

—¿Será posible la que me ha liado? —Se apartó porque el café salió despedido del vaso.

—Madre mía, si es que vaya plan, nos van a salir telarañas a todos... —Olga estaba resignada.

El asunto es que ella estaba casada con otro militar y tenía una niña de tres años, Elena. Para mi compañera era también su primera misión y le había costado dejar a la peque en España, pero le venía sensacional para ascender. En otras ocasiones era su marido, Hugo, el que lo había hecho.

—Habla por ti, yo el mes pasado tuve lo mío y lo de mi prima con Caroline. —Cristian no paraba.

—Sí, sí, éste es un follador nato. No sé lo que le ven las americanas con lo soseras que es —me encantaba meterme con él. En realidad, era adorable y muy guapo. Eso sí, nos llevábamos fenomenal, pero nunca habíamos tenido nada entre nosotros.

—Pues yo cuando coja a Hugo, lo voy a dejar seco. Por mi padre que lo exprimo como un limón. Le voy a decir que se tome un multivitamínico antes de que llegue —rió ella.

—Sí, sí, avísalo con tiempo que, si no, ya sabes cómo son los hombres y te va a decir enseguida que le duele la cabeza.

—¡Pero serás cabrona! —lo había dicho para provocar a Cristian, que no tardó en saltar.

—¿Yo? El que se pica ajos come —reí.

—Tú no eres más puñetera porque no entrenas —negaba con la cabeza.

—Pues entonces entrenaré, que siempre hay que ir a más —a todas horas estábamos igual, con el cachondeo.

Lo cierto es que, aunque en líneas generales, yo me llevaba bien con todos mis compañeros, en Cristian y Olga había encontrado dos amigos, que casi consideraba hermanos y a los que adoraba.

—Bueno, bueno, no nombréis demasiado la soga en casa del ahorcado porque yo también estoy a dos velas —aquello era difícil hasta para eso, para tener sexo con nadie.

—Sí, sí, pero me da a mí que tu período de sequía se ha acabado. Te apuesto lo que quieras a que tú te vas de aquí follada y bien follada.

Ése era mi Cristian, le encantaba provocar. Si no hubiera sido un tanto inapropiado diría que los ratos que compartíamos lo pasábamos bomba.

—Bueno, habrá que ponerse en marcha.

—Claro, nosotras nos vamos a limpiar armas.

—Pues luego os veo. Por cierto, ¿esta tarde vais a participar en el partido de fútbol?

—Lo preguntas en broma, ¿no? —Olga no era muy partidaria.

—No, jodida, pero por tu forma de responder, cualquiera diría que temes partirte una uña o algo parecido.

—Te has levantado hoy muy gracioso.

—¿Yo?

—Sí, tú. Te lo explicado muchas veces, yo lo del fútbol es que no lo entiendo. Eso de tanta gente corriendo detrás de una pelota es que me supera. Si por mí fuera, le compraba una a cada uno y asunto concluido.

—¡Vaya burrada que acaba de soltar la tía! —Él no la entendía.

—Libertad de expresión.

—Vale, no te preocupes que yo sí juego —le sonreí.

—¿Tú? ¡Cielos, el terror de las espinillas! Dios mío, ¿no hay otra por ahí? Nos vas a dejar a uno cojo un día.

—Te jodes. Es lo que hay, que tienes tú mucha guasa. Ésta —señalé a Olga— según tú por delicada y yo por bruta. El caso es no estar contento nunca.

—Madre mía, noto al personal femenino ligeramente revolucionado hoy. Me voy, que todavía cobro.

—Eso, eso, más te vale —hice un gesto de darle un cate.



Nos despedimos. Olga y yo nos pasaríamos la mañana desmontando y limpiando armas. Si, en cualquier lado del mundo precisaban de un mantenimiento, en el desierto, debido al tema de la arena, éste debía ser todavía más minucioso.

—Bueno cuéntame —allí podíamos charlar tranquilas mientras trabajábamos— ¿cómo está la cosa?

La puse al día de todo lo que había pasado desde mi vuelta y ella parecía entusiasmada.

—Ainsss, es que me parece muy romántico.

—Pues yo ya le he dicho a Cristian que amor no puede ser, que no lo veo el sitio propicio.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Te recuerdo que yo conocí a Hugo siendo ya compañeros.

—¡Ostras! Soy una atolondrada, ¿puedes creer que no había caído en eso?

—Pues sí y ahí nos tienes, casados y con una niña.

—¡Quita, demonio! No corras tanto, tú ya sabes que yo para el tema de los hombres soy una veleta.

—Tú eres una veleta porque todavía no te ha soplado el viento propicio, aunque algo me dice que lo mismo ahora sí te ha llegado el turno.

—Yo no entiendo mucho de esas cosas, ya me conoces. Lo que sí sé es que me gusta mucho estar con él.

—Hija, es que lo vuestro ha comenzado de una forma muy particular. Lo normal es que la gente se conozca, por decir algo, en un bar, se pasen los teléfonos y queden para ir un día al cine, pero vosotros...

—Sí, yo su teléfono todavía no lo tengo, pero ya hemos pasado un montón de horas solos bajo fuego enemigo, ¿cómo lo ves?

—Pues, que si eso no es romántico, que venga Dios y lo vea —rió.

—¿Lo ves así? —Me hizo gracia. Yo no lo hubiera visto desde esa perspectiva.

—Yo, totalmente.

La mañana pasó con rapidez, pues me encantaba poder compartir turnos con Olga. Contrastábamos mucho, ella me contaba siempre las cuestiones de su familia y yo la de mis ligues. Éramos la noche y el día, pero nos llevábamos sensacional.

—Tendrás tela de ganas de verlo mañana, ¿no? —me decía mientras íbamos a por el almuerzo.

—No lo sabes tú bien...

En honor a la verdad, por mucho que estuviera distraída con ella, Liam no se iba de mi pensamiento. No podía evitar sentir miedo de que le pasara algo. Y no era un temor infundado. La última vez que salimos las pasamos putas.

—¿Sabes algo de los chicos? —le pregunté a Cristian en referencia a los que habían salido esa mañana en tres *Hummers*, entre los que se encontraba él.

—No he escuchado nada y ya sabes lo que dicen los americanos «la falta de noticias, son buenas noticias».

—Ya, ya, capullín, pero a veces tener noticias tranquiliza.

—No te preocupes, guapa —me hizo una caricia en la mejilla— esta noche estarán de vuelta. Ya no queda nada. Todo está bien.

—Sí y ojalá que tengamos ya todos la fiesta en paz y no tengamos que salir más hasta que nos vayamos.

—¡Propongo un brindis por ello! —Cristian estaba pletórico también por nuestra próxima

marcha.

Brindamos y réimos un rato.

—Yo ahora me voy a echar un siestorro —estaba rendida.

—Haces bien, yo voy a llamar a casa para hablar con la peque. Estoy deseando —añadió Olga.

—¿Qué te dice de la vuelta?

—Está como loca. Yo sé que Hugo, que es un cachondo mental, la lía en cuanto me vea. Ya veremos si no salimos en las noticias. Éste es capaz de aparecer con la niña y un bombo, como Manolo el del fútbol, anunciando mi llegada con una bocina.

—Mientras el que aparezca con un bombo sea él y no tú, que ahí sí que se iba a quedar el pobre a cuadros —solté.

—Sí, pues como no fuera del Espíritu Santo —rió.

Nos dispersamos y me fui a descansar un rato. Estaba deseando cerrar un poco los ojos y no tardé en conseguirlo. Eso sí, me desperté un tanto sobresaltada. Soñé con el momento en el que me perdí, pero en esta ocasión no me encontraba con Liam, ni con nadie, vagaba sola por el desierto...

Me incorporé y di un trago a la botella de agua que tenía al lado de mi cama. Joder, hasta la boca se me había secado a tope. Casi podía sentir la arena en mi garganta. ¡Vaya tela! A ese paso no me iban a dar ganas ni de volver a la playa.

A esas alturas, ya me había acostumbrado a aquellas instalaciones, que compartíamos con los americanos, pero soñaba con volver a mi casa y tumbarme unas mil horas seguidas en mi cama, con aquel colchón de viscoelástica que estuve un año pagando a plazos, pero que resultó la mejor de las inversiones.

Me levanté y me dispuse a prepararme para el partido. Habría que escucharle la boquita a Cristian, era lo mejor de aquellos encuentros...

—Mírala, ahí viene, la campeona.

—¿Tienes algo que decirme chaval? —Me hacía la chulilla.

—Sí, que me he puesto las espinilleras dobles, por si acaso.

—Vale porque a muchos como tú me he merendado yo en mi barrio de tres en tres.

—Uuuuuuu —el resto de los compañeros le jaleaban un poco para que me dijera cosas.

—¿Alguien tiene algo más que añadir? —bromeé.

—Absolutamente nada —a esas alturas ya tenía a mi lado a mi compañera Jessica, que ésa sí que llevaba toda la vida jugando al fútbol y era una leona en el campo.

—Yo sí, que cuando terminemos os habremos dado una paliza que tendréis moratones hasta en el carné de identidad —la puñetera era bruta, pero bruta.

—Calla y no empieces tía, que me da la risa y no puedo.

—Mujer, hay que amedrentar a los del equipo contrario.

Éramos dos equipos mixtos, pero yo siempre me aseguraba de estar en el contrario a Cristian para darnos caña. Si no, perdía gracia.

El partido estaba a punto de comenzar y yo miraba al cielo. Lo único que me apetecía es que por fin cayera la noche y que los chicos volvieran sanos y salvos. Y quien decía los chicos, decía Liam. Ya estaba deseando escuchar alguna de sus provocaciones.

—¡Madre mía, vaya si hay polémica aquí! —grité cuando se produjo una de las jugadas más

discutidas.

—Si es Jessica es muy bruta —se quejaba una compañera del equipo contrario.

—¿Yo? —se defendía ella.

—Sí, mujer, que aquí estamos para distraernos y mira cómo le has puesto el ojo al pobre Sergio.

—Eso se lo habrá hecho dándose con el picaporte de una puerta —reí. ¡Si que lo tenía morado!

—Hombre, pues un poco más de consideración, que luego nos quejamos de los tíos y somos nosotras más bestias todavía —decía la compañera.

—¿Lo de bestia va por mí? —me preguntaba Jessica, haciéndose la tonta.

—¿Por ti? No, mujer, a santo de qué...

Terminó el partido y me fui a la ducha. Ahora sí, por fin comenzaría a anochecer y, un rato después llegaría Liam. Aunque no pudiera verlo hasta el día siguiente dormiría más a gusto que un arbusto al saber que él estaba ya en el campamento.

Llegó la hora de la cena y me reuní con Cristian y Olga de nuevo. Con ella volvía a coincidir y era una delicia. Los días anteriores teníamos los horarios y servicios cambiados y cuando eso sucedía, no había quien se viera.

—Alguien tiene ya mejor cara —yo me acababa de sentar y sonreía.

—Sí, lo reconozco —le contesté.

—Pero ése no será un reconocimiento como el de Estopa, ¿no? Cuando dicen eso de «*lo reconozco, fumo porros a diario...*».

Y allí saltamos los tres, cantando eso de «*me fumo uno y es como poner la radio*». Me divertía mucho con aquellos petardos. No sabía que hubiera sido de mí en aquella misión sin ellos.

Es más, a pesar de que estuviera deseando verle el fin, me llevaba un montón de recuerdos increíbles de momentos vividos allí con los dos, de esos que te hacen conocer el valor de la palabra compañerismo.

—Canija, ve a descansar. Cuando hayan llegado nuestros compañeros, me acerco a decírtelo. —Cristian era un amor.

—Gracias, encanto.

—No me des las gracias, es que eres muy pesadita y si no, lo mismo ni duermes ni nada. Y mañana a ver quién es el guapo que te aguanta —me guiñó el ojo.

—Aimns, si es que vale un potosí mi cabo —le di un abrazo fuerte.

—Tira ya, anda pelotera, que en el partido no me querías tanto. Me has dado un pisotón que creo que voy a perder una uña del pie...

—Cuidado que todavía te denuncia por daños estéticos —rió Olga.

—Todavía, sí, porque éstos, aquí donde los ves, están hechos todos unos metrosexuales.

—¿A mí me lo vas a decir? Yo le temo a Hugo. Lo único que lamento de nuestro piso es que no tenga un cuarto de baño más, porque él tarda el doble que yo en arreglarse...

—¿Ya vais a empezar a rajar otra vez? Anda y que os vaya bonito a las dos. Ahí os quedáis...

—¡Guapo! —Empezamos a chillarle de lejos y mandarle besos.

En esas estábamos cuando vimos aparecer a un sargento por la esquina. Salimos pitando como dos quinceañeras que corren a esconderse de sus padres.

Me tumbé en la cama y me dispuse a escuchar un poco de música. Estaba loca porque pasara un rato y el bueno de Cristian entrara por la puerta con su amplia sonrisa para comunicarme la mejor de las noticias.

No obstante, el destino volvería a mostrarse juguetón aquella noche, aunque yo todavía no supiera nada, por el momento. No tardé en tener conocimiento de ello. Lo supe tan pronto vi entrar a Cristian pálido. En cuanto a la confirmación, llegó con sus palabras.

—Alina, cariño, no te pongas nerviosa, pero debes saber algo. De los tres *Hummers* que salieron esta mañana, sólo han vuelto dos. Por lo visto, han caído en una emboscada y del paradero del tercero no se sabe nada. Es en el que iba Liam.

—¿Cómo? La botella que sostenía en ese momento entre mis manos cayó al suelo. Vi cómo se esparcía el agua mientras mis lágrimas comenzaban a resbalar por mis mejillas para unirse con ella...

## Capítulo 5

Me levanté y le di un abrazo. No, por favor, aquello no podía estar pasando...

—Cariño, cálmate.

—¿Cómo puede ser? No es justo, Cristian, no es justo, ¡me cago en todo lo que se menea! El último día estuvieron a punto de dejarnos a los dos como un colador. Si no llega a ser por su experiencia no sé qué hubiera pasado... Y ahora esto.

—Ya lo sé, bonita, pero tienes que calmarte.

—¡Maldita sea, Cristian! ¿Cómo quieres que me calme? Yo me cago en el karma y en la madre que lo parió, ¿no dicen que un rayo no cae dos veces en el mismo punto?

—Ya lo sé, Alina. Sé que no es justo, pero ahora sólo cabe esperar.

—¿Qué se sabe?

—De momento, sólo lo que te he contado. Los mandos ya tienen montado un dispositivo de búsqueda y los americanos van de apoyo. Salen ahora mismo. No te preocupes, los van a encontrar.

—¿Y si no los encuentran?

—¿Dónde está la chica que me anima cada vez que se ponen las cosas feas? Tenemos que ser optimistas, Alina, ¿por qué mierda no los iban a encontrar?

—Porque a estas alturas ya les puede haber pasado cualquier cosa, ¿es que no lo entiendes?

—Mi explosión de rabia hizo que casi golpeará su pecho.

Cristian sostuvo mis manos.

—Alina, mírame a los ojos, los van a encontrar. Confía en mí. Los van a traer de vuelta sanos y salvos.

—¿Y si no, Cristian?

—No hay opción. Los van a traer y punto redondo. En unas horas lo vamos a estar celebrando todos, te lo prometo.

Olga se acercó. Nos había escuchado hablar y su cara era un poema.

—Alina, escucha a Cristian. Él tiene más experiencia que nosotros. Hugo también se vio en una parecida hace un par de años y todo salió bien. De verdad, tenemos que confiar.

—Olga, hazme un favor.

—Dime, cariño.

—Rézale a ese Dios al que tanta fe le tienes para que traiga de vuelta a Liam.

—Yo lo haré, cariño, pero ¿por qué no lo haces tú también?

—Porque no lo he hecho nunca y me parece un descaro total hacerlo por primera vez cuando

estoy desesperada.

—Como quieras, mi niña.

Olga era muy creyente y yo, que nunca lo había sido, quería agarrarme a su fe. Hubiera vendido mi alma de haber podido. Sólo quería ver un rayo de esperanza.

Había vivido muchas noches convulsas en aquel campamento, pero ninguna como aquélla, ¡menudo panorama tenía por delante!

Salí y ya todos estaban enterados de lo sucedido. La cara de preocupación de los compañeros era la confirmación de que yo no estaba exagerando. La cosa no pintaba bien. Ésa era la realidad y lo demás, meras cortinas de humo.

Hubiera deseado con toda mi alma haber podido reunirme en esos momentos con los mandos, estar en el meollo de la cuestión, en primera línea, recibiendo la escasa información que llegara, pero menos daría una piedra.

Obviamente yo era soldado y ese puesto no estaba reservado para mí. Tendría que conformarme con esperar pacientemente y dar gracias por la información que me pudiera ir transmitiendo Cristian.

—Vamos a ir a tomar una tila. —Olga cogió mi brazo.

—Apoyo la moción. —Cristian echó a andar.

Pidió una tila para mí, un vaso de leche para Olga y un café para él. Jamás lo había visto tomar uno a esa hora.

—Así que café, ¿no? —Apenas me salía la voz del cuerpo.

—Quizás la noche sea larga y quiero estar despierto.

—Chicos, ¿os he dicho alguna vez que os quiero?

Lo pregunté a sabiendas de que ni de coña. Yo no era precisamente del género sensible y semejante frase no había salido jamás de mis labios hacia ellos. Y pensándolo bien, hacia nadie.

Me miraron con cariño y ambos agarraron mis manos.

—Oye, oye, no te pongas intensa, que no te pega nada —bromeó Cristian en un intento de quitar importancia a la cuestión.

—Es que tengo la sensación de que vosotros os estáis convirtiendo en mi familia —lloré.

—¡Alina, como empiece yo, vas a enterarte de lo que es una llorona de diez! —Olga se secaba ya también las lágrimas.

Cristian se tomó el café y nos comentó que nos fuéramos a los barracones, que él estaría yendo y viniendo en busca de información.

—Venga sí, Alina, nos tumbamos allí y esperamos. No podemos hacer nada aquí. Yo me quedo contigo. —Olga no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Lo hicimos así, pero yo no podía estar tumbada de ninguna de las maneras. Lo único que hacía era dar vueltas y vueltas por allí.

Un rato después se me vino una idea a la cabeza, ¿estaría soñando? Mierda, tenía que ser eso. No paraba de tener pesadillas. Seguro que aquélla era una más, a sabiendas de que Liam estaba fuera. Ya estaba, ¡me pellizcaría! Por desgracia no, me pellizqué fuerte y lo único que conseguí fue dar un salto por el dolor.

Una vez confirmado que estaba ante la peor noche de mi vida, no me quedaba otra más que armarme de paciencia.

—¿Sabes? —le pregunté en un momento dado.

—Dime —su voz era también la de una muerta.

—Esta noche tengo más miedo que la que pasamos Liam y yo bajo fuego enemigo.

—¿De verdad? —Me miró con condescendencia.

—Sí, porque aquella, aunque en territorio hostil, estaba con él. Y la suerte que corriéramos, sería conjunta, pero ésta... —Me eché a llorar.

—Lo entiendo, amiga. Cuando a Hugo le pasó aquello, yo ya me enteré a toro pasado, pero aquí lo estamos viviendo en vivo y en directo.

—No puedo estar aquí. Necesito tomar el aire.

—Pero Alina, hace un frío que pela fuera. Ya lo único que falta es que cojamos una pulmonía.

—No, por favor, Olga. Tú quédate.

—¡Y una mierda! Si tú sales, yo salgo —aluciné un poco porque Olga era bastante dulce y nunca la había visto expresarse así.

—Entiendo amiga, si tú caes, yo caigo, ésa era la idea. Así pensábamos nosotros y así funcionaba aquello. Éramos un equipo en el más amplio sentido de la palabra.

—Eso es. No estás sola, Alina. No lo olvides.

Salimos y, en el extremo frío de la noche afgana, me sentí arropada por mi amiga.

—¡Ahí viene Cristian! —señaló.

—¿Ves si trae buena cara? Yo no la distingo.

—Todavía no veo nada. Tengo buena vista, pero está lejos.

Pero no, mi gozo a un pozo. El semblante de Cristian era bastante serio. Desde luego que no debía traer buenas noticias.

—Alina, cielo, no se sabe nada. Entiendo que no te reconforte demasiado, pero piensa que, si hubiera pasado algo malo, ya nos habríamos enterado. Alguien lo habría reivindicado.

—Cristian tiene razón, Alina. Tenemos que mantener la esperanza. No hay duda de que se habrán enfrentado a una situación difícil, pero son soldados sobradamente experimentados.

—Eso es, Alina. —Cristian tomó el relevo—. Si alguien puede sortear las adversidades son ellos. No es la primera vez que las pasan canutas.

—Joder, me estoy volviendo loca, chicos. ¿Qué me pasa? Nunca me había sentido así por nadie. No entiendo lo que está sucediendo en mi cabeza.

—Ay, amiga. Yo más en la cabeza, diría que te está pasando en el corazón. —Olga me miró y no pude más que darle la razón. Fue el primer momento en el que tomé conciencia de que aquél era un sufrimiento por amor.

Miraba a las estrellas y recordaba las palabras de Liam la noche que pasamos al raso. Pensaba en que él me decía que esos pequeños astros luminosos nos ayudarían a encontrar el camino. De nuevo estábamos ante una noche estrellada, ojalá que también le sirvieran de faro.

¿Dónde estarían? ¿Qué les habría ocurrido? ¿Por qué no podrían comunicarse? Cielos aquello era para perder el norte y el resto de los puntos cardinales de paso. Yo debía ser la viva imagen de la desesperación.

La sucesión de las horas de la noche se me representó absolutamente insoportable. Lo único positivo del asunto era la solidaridad de los compañeros. Allí nadie podía pegar ojo.

Otro compañero, Fernando, con el que me llevaba bien, pero sin haber intimado tanto como con los chicos, se acercó. Él ignoraba lo mío con Liam, de modo que hablaba libremente. Yo siempre lo había dicho, no hay nada más atrevido que la ignorancia.

—¡Hola, chicas!

—Hola Fernando —yo tenía que disimular.

—Vaya putada, ¿no os parece?

—Total —contestó Olga y yo podía leer en sus ojos el miedo a que el chico empezara a largar lo que yo no quería escuchar.

—Yo lo que digo es que, con todas las horas que hace, lo veo jodido.

—¡Anda ya, hombre! No hace tanto tiempo. —Olga salió al quite.

—No hará tanto tiempo, pero en territorio hostil, rodeado de terroristas, es para cagarse en todo. Sabe Dios lo que pueda haber ocurrido. No querría yo estar en su pellejo.

—Pues yo tengo fe en que entren en cualquier momento por las puertas —dije, para que no siguiera hablando en esos términos.

—Bueno, es verdad, que lo de la otra noche, lo que os pasó a Liam y a ti fue emocionante —me miró— que, por otra parte, también tiene narices que le haya vuelto a tocar a él pero que...

—¿Qué? —pregunté.

—Que mucha suerte habría de tener para salir bien parado de dos tan gordas, ¿no te parece?

A mí lo único que me parecía es que se me había puesto un nudo en la garganta que me asfixiaba. Nos metimos en el barracón, a beber agua. El chico se quedó un poco patidifuso con nuestra reacción, pues lo dejamos allí, con dos palmos de narices y sin explicarle nada.

—No hagas caso, son meras especulaciones. —Olga me cogía de la mano.

—Amiga, tiene más razón que un santo y lo sabes. Por eso estoy así, como un zombi.

—Ya te veo —se sentó a mi lado, en la cama.

—¿Sabes qué te digo?

—Dime.

—Que, con todo lo cagueta que soy, salía ahora mismo ahí fuera a buscarlo y le daba un bocado en la yugular a quien tuviera huevos de intentar hacerle nada.

—¡Toma ya! —rió por mi forma de decirlo y hasta, por unos segundos, logró que yo esbozara una leve sonrisa. Aquella confesión parecía haberme dado fuerzas.

El amanecer del día siguiente fue el más gélido de mi vida y no porque hiciera frío, que lo hacía, ¡para no variar!, sino porque lo sentía en lo más profundo de mi corazón.

—En media hora los mandos nos quieren a todos reunidos, pero no te preocupes, Alina, no hay ninguna mala noticia que dar —me informaba Cristian.

—Ya, ni buena —me lamenté.

—Te digo yo a ti que en nada estos entran por la puerta y nos traen hasta churros para desayunar —sonrió.

—Eres más bobo... —Me hizo reír con su comentario.

Un rato después allí estábamos, escuchando las órdenes del militar al mando, que nos confirmó que, desgraciadamente, todavía no había ni rastro de nuestros hombres, pero que tanto las fuerzas españolas como las americanas estaban haciendo todo lo posible por dar con ellos.

Salimos de la escueta reunión y mis amigos se empeñaron en que tenía que desayunar con ellos.

—Yo no desayuno hasta que no llegue Liam con los churros —les saqué levemente la lengua, aunque no tenía fuerza ni para echar viento.

—De eso nada nena, que te lo dije por hacer una gracia, pero los churros están un minuto en el



paladar y toda la vida en las caderas. —Cristian era muy del culto al cuerpo y lo aprovechó para intentar consolarme.

A regañadientes, me senté a desayunar con ellos, aunque a decir verdad tan sólo pude darle un par de bocados a la tostada.

—Alina, mucho me temo que ahora tenemos que reincorporarnos a la faena diaria —me miró con pena Olga.

—Cariño, no hace falta. Ahora mismo ordeno que te releven y te vas a descansar —me cogió del brazo Cristian.

—Ni se te ocurra, amigo. Te lo agradezco de corazón, pero piensa que me voy a volver loca de remate si no tengo nada que hacer.

—En eso tienes razón, pues ve con Olga, pero a tu ritmo. Haced lo mismo de ayer y dadle caña al resto de las armas. Si me entero de algo en algún momento, volaré a vuestro encuentro.

—Sí, por lo que más quieras, te tomas un Red Bull o siete, pero saca las alas y ven.

—No lo dudes.

Camino de acometer mi faena con Olga, sentí sobre mí el peso de la desdicha.

La mañana pasó a cámara lenta, lo mismo que el mediodía, en el que tampoco pude probar bocado, y el comienzo de la tarde. Lo peor de todo era que en breve volvería a oscurecer y mis esperanzas se apagaban conforme decaía la luz del día.

—No puedo más Olga. Tienes que ser sincera, la cosa no pinta bien. No soy una niña, no me tengas tú también entre algodones, por favor. Bastante lo hace Cristian —yo tenía una tila doble por delante y las manos me temblaban.

—No es fácil, Alina, pero me niego a perder la esperanza, ¡y un mojón! —Olga estaba desconocida.

—Mira y hablando del Rey de Roma, ahí viene Cristian...

—Viene, viene y te voy a decir una cosa, ya sabes que tengo la vista de un lince y ése viene contento —la voz de mi amiga se animaba por momentos.

—¿Me lo dices en serio?

—Tan en serio como que se está empezando a reír.

—Salí a su encuentro y me tiré en sus brazos.

—¡Ahora sí, cariño! Los han encontrado. —Cristian estaba exultante.

—¿Están bien? Dime que están bien por favor —de la emoción, mis lágrimas comenzaban ya a correr como un río.

—Están sanos y salvos. No tengo los detalles, pues la información es todavía muy confusa, pero lo que sí puedo confirmarte es que Liam está como una pera y que en unas horas llegará a la base.

—¿En unas horas?

—Sí, tendrás que esperar a mañana para verlo, pero ése es como los gatos, tiene siete vidas.

—Pues si tiene siete vidas, en estos días acaba de gastar dos —me embargaba una increíble felicidad.

Esa noche comencé a creer. No sabía ni en qué, pero en algo. Liam había aparecido. Era la segunda vez en pocas horas que sorteaba a la muerte. Sin duda, tenía alma de superviviente. Cerraba los ojos en mi cama y lo veía, protegiéndome la primera noche, bajo un manto estrellado.

No sabía que etiqueta ponerle a lo que estaba empezando a surgir entre nosotros, lo que sí

tenía claro es que con él todo era especial. A Liam sí lo quería durmiendo en mi cama.

## Capítulo 6

Y por fin esperaba encontrarme con Liam. Me fui a desayunar al bar donde tomaba café con él. Esperaba que se hubiera acordado de mí y pasara por allí.

Estaba nerviosa, no podía disimular esos nervios que me producía el saber que lo vería. Parecía una niña pequeña en un día de Reyes.

Pedí un café y en mi cara se dibujó una sonrisa al verlo aparecer dos minutos después.

Venía guapísimo y el uniforme le sentaba genial, la verdad es que era un tipo de esos que llamaban la atención.

Me levanté y le hice el saludo militar, pero se rió y me hizo sentar. Fue a por su café a la barra y volvió sonriente.

—Mira que no estar juntos en esta aventura... —negó haciendo un gesto de cariño a mi mano que estaba encima de la mesa.

Sonreí y la baba debió de inundar toda la zona de la cafetería, eso que me acababa de hacer sacó la mejor de mis sonrisas.

—Lo he pasado mal ¿eh? Por fin anoche dormí tranquila, pues sabía que os habían encontrado los americanos y os traían de vuelta, pero la anterior no pegué ojo, me acojonaste entera —solté con naturalidad provocando una sonrisa en él.

Y era la verdad, lo había pasado realmente mal en esos momentos de incertidumbre donde todo era posible y lo peor, pensar que quizás no lo volvería a ver más.

—Eso es que me cogiste cariño y todo —bromeó levantando la ceja y provocando que me sonrojara.

Y tanto que se lo había cogido, pero no se lo iba a decir tan fácilmente. Tenía que disimular a pesar de estar deseando hacerle ver que así era.

—Sargento, sargento, para eso tienes que ganar más medallas —reí.

—Vaya, te traje de vuelta, te salvé de casarte con un guerrillero y necesito más medallas. Eres exigente —se tocaba la barbilla y eso le hacía más sensual. Me lo parecía y mucho.

No era exigente, pero claro, me tenía que mostrar de forma que lo pareciese, como mínimo disimular, de eso se trataba. Purita estrategia.

—Bueno, cambio de tema antes de cobrar. ¿Qué os pasó?

—Hubo una emboscada, nos dieron de lleno con una granada y tuvimos que bajarnos de nuestro *Hummer* inmediatamente, los otros dos *Hummers* tuvieron que huir precipitadamente para no correr la misma suerte y nosotros nos escondimos. Esto provocó que pensarán que ardimos dentro, pues se fue todo el mundo de allí. El *Hummer* sí que ardió y allí nos quedamos,

escondidos en la montaña hasta el día siguiente, que vimos a los americanos y salimos a hacerles señas.

Me ponía los vellos de punta el tener conocimiento de primera mano de los momentos tan duros que habían pasado. No era moco de pavo encontrarse en una situación de ese calibre, no me quería ver en el pellejo de ellos.

—Tremendo, imagino que tuviste los huevos en la garganta.

—Ésos salieron de mi cuerpo, alucinante, menos mal que no hubo ninguna baja, pero la situación era preocupante. Y para colmo de males quedó en el coche todo nuestro equipo, incluidos los sistemas de comunicación que poseíamos para entrar en contacto con la base. No había forma humana de ponernos en contacto con nadie.

—Yo no quiero salir más, lo tengo claro, es más hablé con mi mando y le hice chantaje emocional —reí.

La realidad era que, que para los días que quedaban, ni quería oír mencionar que tenía que salir a marcar o controlar la zona. Ni de broma era mi intención y mucho menos quería que así fuera.

—Yo creo que los de tu grupo y los del mío ya no tienen más salidas —emitió un carraspeo provocando que me riera.

—Dios y todos los santos del cielo te escuchen —resoplé—. Yo me pienso escaquear de las demás misiones, me da igual todo lo que nos pagan por ellas. Prefiero mi sueldo raso que vivir con el mojón en el culo.

Era innegable que teníamos una buena compensación por acudir a aquellas misiones internacionales y más en países en conflicto bélico, pero yo prefería tener menos y que el riesgo fuera mínimo, aquello no era lugar para nadie.

—A ti como para llevarte a primera línea de batalla —negaba riendo.

—Me como una granada antes de ser carne de cañón para el enemigo.

—¿No has pensado en ascender?

—Bueno, lo he pensado, pero yo soy feliz siendo soldado, a mí no me hace falta ser un suboficial como otros —me referí a él— y tener que mandar sobre los demás. Prefiero la zona de confort, aunque si lo hiciera sería por cobrar más.

—Deberías hacerlo, ya sabes cómo está el tema cuando lleguéis a los cuarenta y cinco años...

—Por eso me lo plantearía. No sé cómo sobreviviría yo con esa edad con seiscientos euros de paga y sin currar —reí.

—Eres joven puedes ascender, estás a tiempo y aseguras tu futuro a largo plazo. Es más, te invito a que lo pienses y te lo propongas.

—O me caso con uno que me mantenga —hice una burla que le causó mucha gracia.

—También es una opción, pero eso no te asegura un futuro, pues si os separáis te quedas sin sueldo de cortesía —sonreía.

—Ah no, si me caso a mí me tiene que firmar un documento que recoja que en caso de desavenencia matrimonial me tiene que compensar con mil euros al mes hasta que la palme —bromeé ante su cara sonriente y negadora.

—No sale barato casarse contigo —volteó los ojos y se puso la mano en la frente con gesto de resignación.

—Tranquilo, no estás en mi lista de posibles cazas —ladeé la cabeza.

—Vaya, no sé si sentirme feliz o no...

—Bueno, a los hombres al final os gusta tentar a la suerte, luego os pasa lo que os pasa —me encogí de hombros.

— Y a las mujeres, ¿qué os gusta? —preguntó en un tono que me pareció de lo más sensual de mundo. Me sonrojé, pero busqué la salida para no parecer nerviosa.

—Pues que nos traigan otro café —le señalé a la barra—. Estoy muerta de frío, necesito más calor para mi cuerpo serrano —reí.

—A sus órdenes —bromeó levantándose y poniéndose firme para luego ir a la barra a por dos cafés más.

Era de lo más atento, predispuesto y nada quejica. Eso era lo que más me gustaba de él, sabía estar a la altura de cualquier circunstancia.

Ese hombre por momentos me gustaba más. Me ponía como una moto sólo de imaginarme con él por algún lugar de la base dándome el revolcón del siglo, pero no se lo iba a hacer ver, ése tenía que caer rendido a mis pies.

Volvió con los cafés y nos quedamos mirando, sin decir nada. Me ponía nerviosa y se nota que era lo que pretendía, pero yo aguantaba la mirada fingiendo que no me temblaba el pulso.

Cristian apareció y se sentó a tomar un café con nosotros.

—A las cuatro hay entrenamiento —dijo, mientras se sentaba.

—Joder, ¡qué mala hora! Es la de la digestión y de la siesta, debería ser declarada de descanso nacional —hice una burla.

Yo era floja hasta para hacer deporte, pero en la vida militar era una de las obligaciones rutinarias. Además, poca duda cabía de que era importante para estar preparada ante cualquier eventualidad que pudiera suceder y, por último, cómo no, el hacer deporte conseguía que la mente se despejara y una se sintiera mejor, había que reconocerlo.

—Nosotros también a las cuatro —comentó Liam.

—Hola —apareció una chica delante de él, una que parecía la Barbie soldado, tenía postizas hasta las cejas. Saludó a su sargento—. Le busca el teniente Sierra.

—Ahora voy —sonrió.

La chica se fue y Liam se despidió de nosotros, me hizo un guiño y se marchó sonriente.

—Hasta aquí tiene que haber zorras —solté sin pensarlo.

—Celosa —sonrió negando.

—¿Celosa de Miss Silicona?

—No, qué va, no se te nota —hacía un gesto bromista con la cara.

—Le pincho una teta y la desinflo —bromeé.

— Te gusta el sargento y mucho...

—¿Se me nota tanto?

—Bastante, al menos yo lo noto, aunque también lo he vivido todo a tu lado, sería para matarme si no lo notara...

—Me salvó de casarme con un guerrillero —hice una burla.

—No tienes remedio —rió—. Por cierto, parece que en cinco días volvemos a España. Nos lo van a confirmar después, pero llegaron noticias de que el relevo se incorpora antes, pues hacen falta cosas aquí que ellos traen.

—Joder vaya alegría. Tengo muchas ganas de irme. Esto ya se me hace demasiado pesado.

—Como a todos.

—A partir de ahora haré que me invite al café en la base al sargento —sonreí con amplitud.

—Seguro, estoy seguro —decía con contundencia mientras reía.

—Pues en cuanto sepas que nos adelantan la vuelta me lo dices. No sabes la alegría que me das.

—Tranquila, que te mantendré al tanto.

Nos fuimos de allí para dirigirnos a nuestro destacamento a organizar un poco aquello. Había que comprobar que estuviera todo en orden y bien, así que me puse manos a la obra con Cristian toda la mañana.

Mis compañeros estaban ese día disparatados. No dejaban de buscarse unos a otros, aquello parecía más un colegio que una base militar.

No podía dejar de pensar en Liam, me sacaba esas sonrisas que hacía mucho tiempo que tenía enterradas en lo más profundo mí. Estaba consiguiendo sacar a la Alina más sentimental, más romántica, toda una proeza por su parte.

Llegó la hora del almuerzo y estaba de igual modo ida. Me cabeza estaba con él, me daba rabia tenerlo tan cerca en la misma base y comer sin él, pero tampoco lo quería acosar, al final me terminaría odiando por pesada.

En el tiempo de deporte mi grupo se iba cruzando con el suyo y me hacía guiños de ojos, inclusive en otro momento me lanzó un besito sonriendo. No sabía cómo tomarlo, además de que iba ahogada, pues en ese punto ya nos habíamos dado una buena tunda, pero me llegó al corazón. Sacó la mejor de mis sonrisas.

Tras un duro entrenamiento me fui a ducharme. Estaba comenzando a anochecer y hacia un frío espectacular. Fui a cenar con mis compañeros y tenía pensado acudir más tarde a ese lugar donde nos dábamos el encuentro para ver si también lo hacía él.

Pero no, no me dio tiempo cuando apareció por el comedor de los míos, sonriente y se acercó a mi mesa. Rápidamente Cristian le puso una silla para que se sentara con nosotros.

—¿Te cambias de compañía? —bromeé.

—Todo es posible —sonrió bromeando.

Ya quisiera yo que fuera mi sargento y tenerlo a mi lado a cada momento, sólo de pensarlo me salía una sonrisa de tonta enamorada y eso era lo que no quería, pero no lo podía aguantar. Lo cierto era que Liam despertaba en mí sentimientos que hacía mucho que no afloraban en mi persona.

—Aguantarme puede ser objeto de baja psicológica.

—No seas exagerada —salió en mi defensa Cristian—. No digas eso, que no es así.

Cristian tenía una santa paciencia con todos nosotros, sobre todo conmigo, ya que aguantaba todas mis bromas y los cambios de humor que sufría esos días en que el período asomaba la cabeza y me revolucionaba las hormonas.

—Quería asustarlo —hice una burla—. De todas formas, tú tienes la paciencia de Jobs, de la que la mayoría carecen.

—A mí no me asustas mujer, en el fondo estoy preparado para afrontar cualquier cosa y eso te incluye a ti —sonreía y a mí me entraban calores.

—¿Me llamaste cosa? —Puse mi mano sobre el pecho haciéndome la ofendida.

—No mujer —rió— cualquier cosa, suceso, persona...

—Eso inténtalo arreglar ahora —reí.

—¿Yo? Venía a invitarte a un café, nada de líos —levantó las manos—. Y también a Cristian —le tocó el hombro.

—No, yo tengo que encargarme de los cambios de guardia —respondió Cristian—. Id vosotros, que quizás luego os doy el encuentro.

No mentía, ya que estaba al mando de los turnos, pero me vino de lujo. Aunque sonara feo, me alegraba irme a solas con Liam y poder disfrutar de esa complicidad que estaba naciendo entre nosotros. Al menos yo lo veía así, lo mismo después me llevaba un palo y me mandaba a freír espárragos, pero ése era nuestro momento, un momento que no sabía cuándo terminaría. Quizás con la vuelta a España, pero prefería no pensar. Necesitaba disfrutarlo y vivirlo.

Unos minutos después Cristian se fue y nos acercamos a pedir los cafés. El caso es que no me dio tiempo a sentarme cuando me dijo que lo siguiera.

Nos fuimos a una parte donde había una hoguera y nos pusimos alrededor de ella. Al otro lado, se encontraban dos soldados más.

—Es lo más romántico que he vivido en Afganistán —bromeé—. Aunque realmente era cierto. En esa hoguera había estado muchas veces con Olga o Cristian, pero con él era diferente.

—Vaya, si lo sé te hubiera preparado algo más romántico —sonreía.

—Aún tienes tiempo, aunque se dice, se comenta y se rumorea que en cinco días nos vamos —aplaudí emocionada ya que estaba loca por volver y dejar atrás Afganistán.

—Ya está confirmado, mañana se dará la noticia.

—Pues entonces no se enteró Cristian de la confirmación, pues quedó en avisarme.

—Claro —sonreía mirándome con esos ojos penetrantes que desnudaban mi alma y todo mi ser. Así me hacía sentir.

—Bueno no cambiemos de tema, tienes unos días aún para prepararme algo bonito —le busqué la lengua.

—¿Te parece poco bonito que te haya traído ante la hoguera del amor? —carraspeó mirándome serio, a punto de reír.

—Del amor dice... —negué riendo.

Si era la del amor yo quería todo lo que la palabra contenía. Mi cuerpo lo pedía a gritos y mi corazón lo suplicaba con ansia.

—No me lo pones fácil, siempre me sueltas un disparate —protestó con esa sonrisa que me hipnotizaba.

—Te quedan cuatro días, advertido quedas —le saqué la lengua.

Nos bebimos el café y nos quedamos allí charlando. Con Liam pasaban las horas volando. Sacaba temas de conversación interesantes. Me hacía plantearme cosas que hasta ese momento habían pasado para mí por debajo de la puerta, referentes a conflictos políticos, temas de la NASA, del universo... Demostraba un conocimiento bastante amplio a nivel cultural.

Me impresionaba que tuviera tanto para enseñarme, para contarme, era un libro en abierto lleno de contenido de todo tipo. Eso era algo que me atraía mucho de él, que tuviera capacidad para retener en la cabeza todo aquello que me estaba contando.

Me preguntaba si cuando volviéramos a nuestro país seguiríamos hablando y teniendo momentos como aquéllos. Me daba miedo que no fuera así y sobre todo el hecho de saber que no volvería a tener esa unión que allí habíamos alcanzado.

Después de una preciosa velada ante aquella hoguera, me acompañó a mi destacamento y nos despedimos hasta el día siguiente, donde me esperaría para desayunar en el mismo sitio de siempre.

—Descansa —sonrió y me hizo el saludo militar bromeando.

—A sus órdenes —respondí al saludo con mucha efusividad, provocándole una carcajada.



## Capítulo 7

Me levanté emocionada por verlo, así que me duché, me puse el uniforme y me dirigí hasta el punto de encuentro de nuestro café.

Iba sonriente, feliz, emocionada, llena de sentimientos que embargaban mi alma. Parecía que todo me sonreía, que aquel lugar se volvía mágico por unos momentos, pero todo eso lo provocaba él, sin duda había venido a poner mi mundo patas arriba.

Me encontré por el camino a Cristian, que me confirmó que en cuatro días nos marchábamos de allí. Aplaudí emocionada, a pesar de que la noche anterior me lo había confirmado Liam.

—No me lo puedo creer —le besé en la mejilla sonriente.

—Ni yo, tengo unas ganas...

—Pues no nos queda nada, absolutamente nada.

—Un suspiro, eso nos queda.

Y suspirar era lo que yo más hacía, así que me quedaban muchos suspiros más, pero eso no se lo iba a decir, pese a que Cristian no era tonto y lo sabía. Bien había vivido las amargas horas de la desaparición de Liam conmigo.

Estaba emocionada por salir de allí, pero a la vez por haber conocido al sargento, ese hombre que había despertado algo especial en mí y que me hacía vivir en constante estado de entortamiento mental.

Llegué y ya me estaba esperando con dos cafés, con su sonrisa dibujada en su cara y con esa mirada que hacía que se derritiera todo mi ser.

Un cosquilleo recorrió mi barriga al acercarme a él.

—Buenos días, mi sargento —solté con retintín.

—Buenos días, soldado Gilca —sonreía con rostro seductor.

Y esa mirada era la que hacía desatar todas las tormentas de mi cabeza, me sonrojaba y me ponía de lo más nerviosa, sin poder controlar todo aquello que florecía dentro de mí.

—¿Y mis tostadas? —me senté.

—Ahora mismo nos la ponen, todo controlado.

Y controlado tenía todo, pues se notaba ese control por todos lados, hasta para ponerme nerviosa.

—¿Todo? —Hice un pequeño carraspeo.

—Todo —ladeó la cara.

Un calor subió por todo mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza.

—Interesante. ¿De qué estamos hablando? —Me reí.

—Ni idea, pero sonó tentador —levantó la ceja y me miró fijamente.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y todas las mariposas de mi estómago comenzaron a revolotear.

Me había soltado una indirecta eso era obvio, pero me daba rabia pensar que quizás me estaba equivocando y yo estaba creyendo en una fantasía que no correspondía a la realidad.

Estuvimos charlando y tomando cafés hasta las doce de la mañana, hora a la que ambos teníamos entrenamientos con nuestros respectivos destacamentos.

—Luego te veo, ya sabes dónde te espero —sonrió y se marchó.

Y claro que me iba a ver, así tuviera que coger un tanque y llegar hasta él, pero no lo iba a dejar de ver por nada del mundo.

Aquello me parecía la ilusión que faltaba a mi vida, un sentimiento de querer descubrir todo de él que me hacía sentir viva en todo momento.

Mientras hacía ejercicio no dejaba de pensar en Liam, ya pasaba de sonrojarme a sentir una tensión sexual que me tenía desgastada, me lo imaginaba todo fogoso conmigo, desnudos, jugueteando con mi cuerpo...

¡Quita eso de la mente! Me exigí mil veces mientras me salía una sonrisa floja a pesar de ir asfixiada, terminando el entrenamiento.

Pero no podía quitármelo de la cabeza, era como una esperanza que se te abría en el corazón y tenía que aprender a convivir con ella, aunque esperaba que pasara de esperanza a algo más. Así lo sentía y deseaba.

Fui directa a la ducha a quitarme ese sudor y ese calentamiento mental de paso. Lo mío estaba siendo ya muy fuerte y justo antes de volvernos, si al menos hubiera sido al principio, hubiera pasado una misión de lo más entretenida.

Me abrigué bien, pues el frío pasaba ya a helar y, aunque nuestra ropa ayudaba bastante, yo tenía que reforzar más con doble camiseta interior y leotardos debajo del pantalón de faena.

—¿Cuántos días dices que faltan para irnos? —pregunté bromeando por el frío al verlo.

—Ya nada —sonrió.

Otra vez esa maldita sonrisa que me dejaba babeando como un bebé...

—Vaya banquete has preparado —reí al ver los refrescos, patatas chips y unas croquetas.

—Me gusta cuidar a las personas que me importan —sonreía de lo más seductor.

Y yo le importaba decía, aquello me había rematado, era para tirarse al suelo boca arriba y con los brazos en cruz.

—¡Toma ya! Pasé de importar a mi amigo el cabo Cristian, a ahora a mi amigo el sargento Liam ¡Sí señor! Voy progresando adecuadamente —solté una carcajada.

—Ay no, al final me abandonas por el comandante Fernández —se puso la mano en la frente.

—Bueno, eso es cuestión de cómo me traten, con esfuerzo y cariño lo mismo ni te abandono —le hice una mueca.

—Ah bueno, entonces no me preocupo...

Y no se debía preocupar ya que en aquellos momentos sólo me importaba él y nada más que él, así que se podía quedar de lo más tranquilo, pues no tenía ojos para nadie más.

Me encantaba Liam, ya que lo mismo te hablaba de infinidad de temas muy interesantes que se ponía a bromear, tenía ese don de hacerme caer rendida a sus pies.

Comí con él y luego nos fuimos a su destacamento a ver una película que me había comentado

y que tenía descargada en su tablet.

Tenía aquello muy ordenado, con todo tipo de detalles. Parecía una habitación de una casa en condiciones, como un pequeño apartamento donde tenía todo a mano y a la vista, pero bien puesto.

Nos sentamos para comenzar a ver la peli. Yo estaba un tanto nerviosa, estar a solas y tan cerca el uno del otro me hacía ponerme en tensión.

Aunque todo sea dicho, parecía el momento más romántico del mundo, en Afganistán, sobre esa cama, pegada a él, mi cuerpo no aguantaba más tensión, necesitaba tener un contacto más fuerte con Liam, mi cuerpo lo pedía a gritos.

Y esperaba que a él también le pasara lo mismo...

No podía ni concentrarme en la película, me imaginaba que era en su cama o en la mía de nuestro país y me volvía loca de pensar lo que pasaría, la tensión iba creciendo por minutos.

Hubo un momento en el que nos miramos y pasó, nos besamos, un beso corto pero intenso, su mirada con esa sonrisa me lo dijo todo.

Jugueteaba con mi mano mientras seguíamos viéndola, aquello me parecía lo más mágico bajo el cielo de Kabul.

Lo bueno de él es que tenía su propia estancia que no compartía con nadie, así que allí estábamos, sin miradas indiscretas, relajados y viviendo ese momento que para mí era el más bonito de todo lo vivido en esa misión.

Después de la peli puso la tablet a un lado, ahuecó su mano en mi cuello y me besó, pero esa vez con un intenso beso, de esos que te limpian el alma.

Permanecimos entre besos y miradas como dos horas. Después nos despedimos para ir a cenar con nuestros destacamentos y quedamos en vernos en la hoguera una hora más tarde.

¡Me había besado! Y yo iba como una niña con zapatos nuevos...

¿Qué se suponía que debía de hacer? Pues no lo sabía, tenía esa pequeña duda de qué pasaría cuando volviéramos a la ciudad, a nuestras vidas, a todo aquello que dejamos antes de meternos en esa misión que parecía que iba a cambiar mi vida, pero no lo tenía claro. Lo mismo se olvidaría de mí al pisar España.

Cené con mis compañeros, que estaban de lo más bromistas. Yo no dejaba de pensar en Liam y todos me decían que me veían ausente. ¿Cómo no iba a estarlo si el tío más bueno de toda la base me había besado?

Cristian me miraba y se reía. Él no tenía dudas de que acabaríamos liados. Olga estaba a mi lado sentada y también me miraba, sabiendo que algo pasaba por mi cabeza. Tenía claro que en cualquier momento me iba a preguntar por el tema, así que cuando terminamos de cenar me dijo que nos fumáramos un cigarro fuera.

—Venga empieza a cantar —me dijo al encender el cigarro.

La miré con rostro de temor y se lo solté como la que da los buenos días.

—Nos hemos besado —reí.

—¿Te has besado con el sargento? —Me miró boquiabierto.

—Me metió la lengua hasta la garganta —miré hacia el cielo.

—Joder nena, pensé que eso pasaría una vez ya en nuestro país, pero aquí ni me lo imaginaba —negaba riendo y agarrando mis manos, emocionada.

—Pues yo me hubiera quitado hasta las bragas —solté una carcajada.

—Te las quitarás, a este paso no dudes que lo harás.

—Me encanta, es la verdad, me tiene en una nube, flotando a dos metros del suelo.

—Te lo veo en la mirada, en los gestos. Ya es oficial, tienes cara de enamorada.

—No, eso no se ve en la cara.

—¿Qué no se ve? —comenzó a reír como loca.

—¡Olga! A ver si va a parecer que llevo un cartel en la frente.

—Sí, de esos que dice que te has tirado a un suboficial.

—Deja, deja, no me gastes esas bromas que me lo creo y me siento vigilada por todo el mundo.

—No seas tonta —me besó la mejilla con cariño— te lo noto yo que te conozco bastante.

—Bueno, bueno, debería estar prohibido fumar —dijo Liam apareciendo improvisadamente y regalándonos una sonrisa—. Venid que os invito a un café, aquí hace mucho frío.

—A mí me toca recoger comedor, así que mejor vais vosotros —respondió Olga sonriente.

—Bueno, pues queda apuntado el café que te debo —sonrió.

Me fui con Liam a recoger los cafés y nos dirigimos a la hoguera. Allí se estaba mucho mejor, ya que el fuego calentaba y daba otro rollo al cuerpo.

Otra vez lo tenía cerca de mí, otro momento en el que mi piel se erizaba y parecía que me iba a romper, pero eso es lo que provocaba Liam en mí, una serie de sensaciones que me hacían estar de lo más distraída, ausente y con los nervios a flor de piel

—¿Qué tal? —me preguntó al sentarnos.

—Bien, igual que hace un rato —reí.

No era cierto, ahora estaba mejor pues lo tenía a mi lado, lo estaba disfrutando y sobre todo lo que estaba viviendo con él era muy bonito.

—Bueno, siempre que estés bien es perfecto. ¿De qué tienes ganas al volver?

—De vestirme normal, comer lo que me dé la gana, salir de borrachera, cosas típicas... —  
Reí.

—¿Echas de menos a Ruth?

—Muchísimo, si algún día tengo la posibilidad te la presentaré, verás qué grande es, una amiga de esas que quedan pocas.

Y la verdad que lo era, estaba deseando estar cara a cara con mi amiga y ponerla al tanto de todo lo que había sucedido en la misión. Sobre todo, en los últimos días, en los que mi vida se había visto envuelta en esa historia que comenzaba a nacer entre nosotros.

—Estaré encantado —sonreía.

—No me puedo creer que el fin de semana estaré en mi casa, con mi vida, con mi rutina, con mis locuras, estoy loca por llegar —hice un gesto de placer que le provocó una sonrisa.

—Allí te olvidarás de tu amigo Liam —adoptó un gesto de tristeza.

—¿Qué dices! Tú llámame y verás —reí.

—Tomo nota...

Y yo esperaba que la tomara y bien. No me quería imaginar volver y no saber más de él, aunque por nuestro destino lo vería a diario. Él estaba en otro destacamento, pero coincidiríamos y no podía evitar pensar que sería muy triste que no tuviéramos la relación tan bonita que habíamos construido en Kabul.

Estuvimos mirando al fuego y charlando un buen rato, luego me dijo de ver una película en su dormitorio y no lo dudé.

Fue entrar y besarme, lo estábamos deseando.

Nos sumergimos en un beso que nos llevó a tirarnos sobre la cama y continuarlo allí, mientras nos mirábamos sonrientes.

Yo me ponía temblona y él me sacudía a modo de caricia para que se me pasara el temblor. Sabía que no era frío, que era por lo que me ocasionaba él y en su mirada y su sonrisa podía ver que le hacía feliz que así fuese.

Sus manos comenzaron a desnudarme y sentí un cosquilleo por mi estómago. Su mirada no se apartaba de la mía. Me ponía nerviosa, pero me hacía sentir que él estaba deseando ese momento tanto como yo.

Quedé desnuda ante él al igual que él ante mí y eso fue un descubrimiento monumental. Tenía un cuerpo que deslumbraba a cualquier persona, duro, perfecto, torneado y con una piel de lo más suave. Me recordó a la piel de un bebé, la tenía bien hidratada, se notaba mucho que se cuidaba.

Era un momento impresionante el ver ese cuerpo escultural ante mí, poder rozarlo, acariciarlo, besarlo... Había llegado el momento y allí estaba yo dispuesta a quedar a merced de mi sargento, ese que había aparecido para dar un giro de ciento ochenta grados a mi existencia.

Comenzó a lamer mis pechos, a besar mi barriga y llegó a mi pubis, poniéndome a mil.

Sus dedos y labios jugaron con mi zona más sensible, hasta conseguir que llegara a ese orgasmo tan imaginado los últimos días. Su felicidad al conseguirlo se reflejó en su cara.

Se puso un preservativo y me penetró, me hizo sentir que estaba en los brazos adecuados, jamás con ninguna otra persona había sentido eso tan brutal que sentía en esos momentos.

Fue un instante que ni en mis mejores sueños había imaginado y por fin estaba ahí, con él azotándose mientras me miraba con pasión, con deseos, con ganas de todo conmigo.

No me podía creer que estuviera pasando, pero estaba sucediendo y yo estaba disfrutando de ello mucho más de lo que lo había imaginado. El control que tenía me hacía sentir segura ante él, además tenía mucho tacto y paciencia con los ataques de risa que me daban, ocasionados por los nervios que me producía ese momento.

Cuando terminamos nos quedamos abrazados entre besos un buen rato, yo me sentía especial a su lado.

Me fui un poco más tarde. Él me acompañó hasta mi destacamento y nos miramos sonrientes, quedando en vernos al día siguiente.

—Descansa y sueña conmigo —me hizo un guiño.

—A sus órdenes —me puse firme y lo saludé a lo militar provocando una carcajada con la que se fue mientras negaba con la cabeza.

Me acosté con una felicidad en mi cuerpo que no podía con ella. Aquello me había hecho sentir la mujer más especial de mundo y, sobre todo, con ello había logrado lo que tanto ansié esos días desde que lo conocí.

Me alegraba tanto de haberme perdido en aquella salida... Jamás pensé que pudiera decir eso, pero supuso el comienzo de algo muy bonito que aquel día concluyó en forma de deseo.

A la mañana siguiente me levanté con una sonrisa de oreja a oreja y Olga me agarró del brazo y me llevó hacia el comedor para que le contara.

—Me acosté con él...

Reí como una niña pequeña doblada con la mano en la barriga mientras ella me agarraba el brazo riendo e intentando que me pusiera derecha.

—¡No! —Se puso las manos en la cara.

—No ni *ná* —reí.

—¿En su dormitorio?

—Claro, si fuera en el mío lo tenía que hacer ante los ojos de veinte —reí—. Vaya dormitorio, vaya cuerpo, vaya manera de follar —dije sin poder dejar de reír recordando todo lo sucedido la noche anterior.

—¡Qué fuerte! Madre mía —no podía quitar su cara de asombro—. ¿Y ahora?

—Nos casamos cuando regresemos —bromeé negando.

—Venga tonta, ¿qué te dijo?

—Nada, mujer, ahora lo veré después de desayunar y tomaré un café con él.

—Pues va a ser que no, anoche se corrió la voz de que hoy vamos a salir.

—No...

—Sí, ahora lo van a comunicar.

—Joder qué putada, pensé que ya no salíamos más.

—Por lo visto tenemos una ronda de siete horas.

—En siete horas pueden pasar muchas cosas entre Liam y yo —dije pensando en verde.

—Bueno, ya pasará a la vuelta —me hizo un guiño.

Llegó nuestro brigada y comentó lo de la salida. Para mi suerte me quedaba de guardia en la torre de nuestro destacamento, lo preferí mil veces.

De allí me fui a buscar a Liam, nerviosa y ansiosa por verlo. Nos tomamos un café. A las doce comenzaba mi turno así que estuve con él hasta entonces.

Estaba animado, feliz, se le veía sonriente y eso me daba mucha tranquilidad.

Sus miradas eran el recuerdo de la noche anterior, al menos parecía que estaba pensando en ello, al igual que yo.

—Entonces, luego me vas a hacer visitas —dejé caer con descaro mientras tomaba el café.

—Por supuesto, te llevaré refrescos, bocatas, patatas...

—Acepto, acepto —reía.

—Anoche lo pasé muy bien contigo, me alegré de que pasara eso —se sinceró poniéndome roja como un tomate.

—Yo también lo pasé bien, espero repetir —le saqué la lengua y luego me maldije por haber dicho eso.

—Por supuesto, será un placer —me miraba sonriente a sabiendas que me estaba poniendo a punto de estallar mis mejillas.

Cada vez me sentía más segura a su lado. Eso no evitaba que me sonrojara, pero me hizo perder el miedo a que después del polvo desaparecería. De hecho, me sentí bien al descubrir que aún seguía buscándome y con ganas de repetir aquello tan bonito que había sucedido entre nosotros, además de excitante, pues follaba como un dios del sexo.

Estuvimos charlando entre miradas cómplices. Él no dejaba de bromear y yo se las seguía todas, a cara no había quien me ganara por mucho que me ruborizara con cada palabra y gesto suyo.

Nos despedimos un rato después, ya que él tenía que hacer unas cosas y yo cómo no, tenía mi guardia.

Preparé todo y a la hora indicaba allí estaba yo en mi torre, vigilando mi zona y pensando en

él, en ese sargento que había despertado en mí una serie de sentimientos a lo grande.

Comencé a pensar en lo vivido, en la noche en su cama, en su cuerpo, en sus palabras, en sus sonrisas, era todo lo que envolvía a Liam lo que me hacía sentir de aquella manera.

Ni una hora después apareció con dos cafés y un bocadillo de tortilla de patatas. Me hizo mucha gracia el contraste, pero se agradecía el café, ya que el frío era de esos que te calaban en los huesos y te dejaban sin respiración. Hasta el cerebro tenía congelado.

—Para que veas cómo te cuido —carraspeó poniéndose a mi lado.

—Más te vale, debes estar agradecido de que te hice compañía hasta la base aquel fatídico día en el que te perdiste —bromeé sacando la lengua.

—Yo fui el que me perdí —rió.

—Yo estaba de paseo —hice una burla.

—Buen lugar para pasear —reí mirándome de forma penetrante, me ponía de lo más nerviosa.

—Una que es una soldado valiente, no como otros —lo miré provocativa.

—No me mires así que no es lugar para provocarme —hizo un carraspeo.

—¿Yo? Soy una santa.

—Sí, caída del cielo —negó riendo.

Estuvimos charlando un rato y luego se fue ya que tenía cosas que hacer.

Me quedé allí pensativa, como no podría ser de otra manera. Ese hombre había entrado en mi vida pisando fuerte y ello a pesar de que durante los cinco meses que lo había tenido allí cerca nunca me había fijado en él. Había que joderse lo que cambiaba la cosa en las distancias cortas, eso me había pasado a mí, que desde ese día que nos encontramos en la zona de peligro nos volvimos dos imanes que no dejaban de buscarse el uno al otro.

Aparecía a cada rato con cafés o con algún dulce de los que elaboraban en cocina. Me alegraba el día, la guardia, la vida. Me hacía sentir importante en un momento que estábamos alejados del mundo y en esa situación que, quisiéramos o no, era crítica.

La guardia se me pasó volando, no me lo podía creer, pero entre sus idas y venidas todo ocurrió de la forma más amena y el reloj empezó a correr.

Esa noche repetimos en su dormitorio, en ese que se había convertido en nuestro refugio de amor y que me hacía sentir la mujer más especial del mundo.

—Me encantas —dijo abrazándome después de ese acto de fogosidad.

—Tú me gustas un poquito —bromeé.

—Sólo un poquito, ¡qué lástima!

—Bueno, todo te lo puedes ganar poco a poco.

—Pues mira, soy muy competitivo —me hizo cosquillas y comenzó a besar mi cuello provocando en mí un estado de nerviosismo y risas.

Por la mañana llegaron nuestros relevos. Los escuché nada más levantarme, eso me puso contenta, ya que era el anuncio de que al día siguiente saldríamos de Kabul con rumbo a nuestras casas, a nuestras vidas, a lo cotidiano, a eso que me hacía tanta falta retomar.

El día fue el caos, casi no tuvimos tiempo a más de un par de cafés y de no más de veinte minutos.

Teníamos orden de tener todo listo a las ocho de la mañana para salir de regreso a nuestro país.

Esa noche cené con Liam, que sonreía por verme feliz por la vuelta, decía que me iba a echar

mucho de menos y yo le respondía que eso dependía de él.



## Capítulo 8

Me eché a reír yo sola. Tenía que engrasar el bombín de la cerradura. La falta de uso hizo que me costara abrir la puerta. Mientras forcejeaba con la llave pensé que aquel sonido era uno de los más bonitos del mundo. ¡Ya estaba en casa!

Entré y miré a mi alrededor. Todo estaba justo como lo había dejado: en perfecto orden, un orden que yo había logrado en mi hogar y, que, sin embargo, siempre me costó poner en el resto de mi vida.

Me senté en el sofá, en la parte del *chaiselongue*, que era mi preferida. Tumbada en ella solía ver mis pelis preferidas en aquella tele, que tanto esfuerzo me costó pagar y cuya compra causó tanta risa en el dependiente cuando le pedí «una telecon todas las pulgadas del mundo, por favor».

Un ambiente despejado y coqueto, en el que sobresalían algunos detalles personales. Principalmente las fotos, me encantaban tanto las mías como las de que recogían los momentos pasados con los amigos. Y no hacía falta que fuera de fiesta. De Kabul me traje algunas muy emotivas.

Apoyé la cabeza entre las manos mientras iba tomando conciencia de la realidad. Lo que había soñado tantas veces se había cumplido, ¡ya estaba en casa! Una idea que se repetiría en mi cabeza mil veces a lo largo de aquel día. Y lo mejor de todo es que había vuelto con una ilusión tan inesperada como fuerte, ¡estaba flipando por completo!

Me acordé de las palabras que le dije aquel día a Liam. Me daría una ducha interminable. ¿Se estaría preparando él ese baño? Ya teníamos los teléfonos el uno del otro. Cielo santo, ¿cuándo me llamaría? Sonreí pensando en que él podría estar pensando lo mismo, pero yo necesitaba que fuera él quien llamara y esperaba que a no pasar mucho.

Miré la hora. Ya Ruth tenía que estar saliendo del trabajo. Estaba segura de que, en caso de haber podido, aquella petarda habría ido a recogerme, como lo hicieron mis padres, pero no era el caso. La llamé por teléfono.

—Lo más bonito de tu vida ha vuelto —le solté, sin anestesia.

—¡Alinaaaaa! ¿Cómo estás, cariño? Te iba a llamar ahora mismo. Estoy saliendo de trabajar.

—Estoy bien, muy bien, amiga. Bueno, estoy genial.

—Desembucha, que te conozco como si te hubiera parido. Esa voz indica que te ha pasado alguno muy bueno allí, ¡y pondría la mano en el fuego!

—Y no te quemarías. Tengo tanto, tanto que contarte...

—¡Pues ya estás tardando!

—No, no, ni de coña. La ocasión requiere que sea con un pedazo de cena y toda la noche por

delante, noche que, por cierto, nos vamos a beber a sorbos.

—Te ha quedado muy metafórico. Eso hubiera sido más propio de mí, pero ole tu higo. Dicho esto, vamos a beber hasta que nos salga alcohol por las orejas.

—¡No lo sabes tú bien!

—Pues entonces sólo queda fijar el cuándo.

—Déjame hoy que me reponga, que vengo muerta, muertita. Nos vemos mañana por la noche.

—¡Eso está hecho!

Me despedí de ella. Las últimas semanas en Kabul habían resultado tan intensas que, mientras permanecí allí, preferí no adelantarle nada a mi amiga. Quería contárselo todo en persona. Ella era como mi hermana y me apetecía hacerlo cara a cara.

Aquel primer día era para descansar. Los nervios de última hora, la emoción de la despedida y todo lo vivido con Liam, eran un cúmulo de sensaciones que, unido al cansancio del viaje, hacía que me diera la sensación de que no me tenía en pie.

Entré en el baño y puse a funcionar el calentador, para que la temperatura ambiente fuera de lo más agradable. Me desvestí lentamente. No tenía nada que hacer. Comenzaba mi merecido mes de vacaciones y lo haría con una ducha de película. Creo que no exageré el día que le dije a Liam que lo haría durante una hora seguida, a la ducha me refería, me reí. Lo otro, mucho más...

Mis padres habían insistido en que comiera con ellos, pero yo preferí dejarlo para el día siguiente. Entre que no me apetecía demasiado y que estaba deseando llegar a casa, me pareció mejor idea.

Más tarde bajé al super. La visión del frigo totalmente vacío no es que molara especialmente.

El resto del día lo pasé descansando, llamando por teléfono a mis amigos y viendo la tele. Feliz como una perdiz. Eso sí, había un nombre que no se me caía del pensamiento y no era otro que el de Liam.

Estaba cogiendo el sueño cuando sonó el WhatsApp y era él. Lo tenía claro porque ya me había encargado de personalizarlo.

«Preciosa, espero que hayas disfrutado de tu vuelta a casa».

«A tope, guapo. Lo mismo te deseo. Todo llega».

No sabía él hasta qué punto me había alegrado la noche. Aferrada a mi almohada, la sonrisa se dibujaba en mi cara. Tiempo atrás, si alguna amiga me hubiera contado algo similar, la hubiera tildado de tontorróna. Y, sin embargo, en ese momento, era yo la tontorróna más feliz del planeta.

El sábado amanecí nueva y con un pensamiento en el coco, nada original, por cierto: Liam.

De buena gana, le hubiera enviado un mensaje de buenos días. Me eché a reír. No lo hice porque pensé «Alina, aguanta el genio», pero era la primera vez que el cuerpo me pedía escribirle a un hombre.

Al mediodía fui a «cumplir». Era lógico que tuviera que almorzar con mis padres, pero las comidas familiares me sentaban como una patada en la barriga.

Un par de horas después, salí de allí zumbando y con un Almax en la mano: el almuerzo me había provocado ardentías y no precisamente por la comida en sí, que ésa estaba buena.

Cambié el tercio. Uní en mi mente las palabras «noche» y «chicas» y sumaron un combo que me apetecía tela marinera.

Me dirigí hacia mi casa y me eché una siesta de categoría. Era cuestión de estar fresca como una lechuga para la noche y eso haría.

A eso de las siete y media me comencé a arreglar: relax total, eso era lo que me apetecía. Musiquita de Romeo Santos de fondo y movimiento de cadera mientras me acicalaba.

Unos vaqueros de pitillo rosa desgastados que me encantaban, con un top verde agua de satén, muy cómodo y ligerito para las copas y el baile, rematado con mi pedazo de cazadora rosa de pana, con el cuello de borreguito, que estaba a la última y que era de los más calentito. Unos botines cómodos en los pies para darlo todo en la pista y, ¡lista! Carretera y manta.

—¡Te como esa cara! —Ruth me dio un abrazo y me comió a besos.

—¡Ganitas tenía de verte jodida! —Fue lo que me salió del alma.

—Como tengas ovarios de irte otra vez, no te hablo más en toda la vida. Hace falta ser siesa para irte al culo del mundo y dejarme aquí acojonada, por si te pasaba algo.

—¿Y qué me iba a pasar? Ni que me hubiera ido a la guerra —bromeé.

—Más cabrona y no naces. Vamos a cenar que me tienes que contar todo de cabo a rabo.

—Bueno, ración de rabo todavía no ha habido, pero espero que no tarde —reí.

—¡¡¿No??!!

—Pues va a ser que sí, vaya, eso espero, faltita me hace...

Durante la cena le conté a Ruth con detalle. Para ponerla en antecedentes de cómo comenzó lo mío con Liam, empecé por la parte de la noche que pasamos en territorio enemigo los dos solos.

—Me cago, me cago toda, amiga. Y yo metida en mi cama, ignorante de que te podían haber volado los sesos. No puedo ni imaginar el acojone que debiste pasar.

—Imagina, menos mal que estaba él...

—Capulla, no puede ser más romántico el tema. A mí me pasa eso y a ese tío no lo suelto más en mi vida.

—Pues ahí andamos. Es que verás, hubo una segunda noche que pasará a los anales de la historia...

Le conté con detalle todo lo que ocurrió cuando Liam desapareció y ya sí que pareció entrar en shock.

—Te cagas...

—Sí, sí, me faltó cagarme encima sí.

—¡Qué fuerte! Ése es para ti, Alina, es el destino. Tú nunca has estado con un tío en serio, pero porque ninguno te ha llegado a la patata —me señaló el corazón— pero éste... Joder si ha llegado hasta a la mía.

Terminé de contarle lo de los últimos días en Kabul, con esa cantidad de detalles bonitos que había tenido conmigo y ella es que ya se derretía. La imagen era hasta cómica.

Seguimos cenando, y ya Ruth me contó también cómo le había ido. En mi ausencia, empezó a salir con un chico, pero le salió rana, así que naturalmente decidió que mejor sola, que mal acompañada.

—¡Hombre claro, para eso te presento yo a alguno de mis compañeros y lo flipas!

—Sí, capulla, que más que fotos, las que pones con ellos, parecen un catálogo de modelos...

—Pues eliges el que quieras y para ti. Yo me encargo... —Reí.

Estábamos tomando el postre cuando sonó un mensaje de Liam. Di un salto que casi me encajo en el techo.

Él: «Hola, bonita. Espero que estés pasando una noche de sábado estupenda».

Yo: «Hola, guapo. Sí, con mi amiga Ruth». Él: «¿Y mi turno? ¿Cuándo llegará?»

Yo: «¿Cuándo te apetece».

Él: «¿Mañana?».

Yo: «¿Domingo noche? ¿No es un día un poco raro?»

Él: «Todos me parecen estupendos para verte. ¿Tienes algo que hacer al día siguiente?».

Yo: «Nada de nada».

Él: «Pues lo mismo que yo».

Yo: «Perfecto entonces».

Solté el móvil y empecé a dar saltitos.

—Tú dirás lo que tú digas, pero estás pillada hasta las trancas.

—Es que es tan mono...

—Ya lo veo, ya... A éste sí que lo vas a dejar dormir en tu cama, ya lo verás. Vamos, que, pensándolo bien, voy encargando el traje de dama de honor, porque lo voy a ser, ¿no?

—¿Qué dices tía? Que te gusta mucho una novela...

—Una novela, ¿no? ¿Qué apostamos? Me veo ejerciendo hasta de tita...

—A ti se te va la pinza un montón —reí.

Terminamos de cenar y pensamos que la noche era joven. Nos fuimos al local que acababan de inaugurar unos amigos y allí nos encontramos con cantidad de gente conocida.

—¡Otro chupito! —gritábamos mientras nos los ponían, con unas ganas imponentes de juerga.

Y así, chupito a chupito, la cogimos de campeonato.

Bailamos hasta que los pies nos echaban fuego y ligar no ligamos porque no quisimos, porque chicos se acercaban a montones, atraídos por la marcha que llevábamos en el cuerpo.

Camino de mi casa, donde se quedaría conmigo, íbamos del brazo, partidas de risa.

—Pero ¿cuántos años tenían esos dos micos que se nos han presentado a última hora?

—Ésos han cumplido los dieciocho ayer, te lo digo que tengo ojo para esas cosas —le respondí.

—¡Será posible! Vamos, pretenderían que los lleváramos a casa y los metiéramos en la cuna, ¿no te jode! —Reía ella.

—Ya te digo. Casi igual que mi sargento. Ése sí que es un tío hecho y derecho y encima está como un tren.

—Capulla, que me estás poniendo los dientes largos. Tú mañana vuelves a follar, pero yo...

—Hombre que sí —reí.

Claro que lo estaba deseando, aunque por lo que de verdad me moría era por verlo y estar con él. Se lo estaba currando, le había faltado el tiempo para tirar la caña y a mí, por supuesto, para aceptar.

Con la voz de mi amiga con una borrachera como un piano al lado, me dormí pensando en los besos de Liam, esos que deseaba se repitieran al día siguiente y que fueran el prolegómeno de algo más...

## Capítulo 9

> —Una pastilla, por Dios, que me muero. —Ruth no quería que abriera las ventanas, pero ya hacía tela de rato que había amanecido.

—Amiga, *alehop*, como no nos movamos va a ser peor el remedio que la enfermedad.

—Bien se nota que vienes curtida, jodida. Siempre, cuando la hemos cogido, me levantaba yo antes y me costaba Dios y ayuda moverte.

—Ni me lo recuerdes.

—Ya sé por dónde vas, pero fue cojonudo ese día, reconócelo.

—¿Cojonudo? No te estrangulé de milagro, que lo sepas.

—Lo hice con mi mejor intención. Vale que sólo estabas como un tronco, pero como no respondías, yo creí que tenías un coma etílico.

—Claro, y en vez de asegurarte, con algún cachetito suave o algo, me echas un cubo de agua fría por la cabeza, en pleno mes de enero. No te maté porque Dios no quiso —reí.

—Paparruchas. Sabes que lo hice porque te adoro y no podría soportar que te pasara nada...

—Pues no me quieras tanto, anda. Ahora te traigo la pastilla y me tomo yo otra, que también me duele el coco como para cortármelo.

Ruth se quedó a pasar el día conmigo, como solía hacer siempre. Así, además, me peinaría por la tarde para salir con Liam. Yo tenía unas planchas ondulatoras de esas de última generación y a ella se le daban bien esas cosas.

—¡Vas que se va a empalmar en cuanto te vea! —soltó, en un alarde de finura, cuando me terminé de vestir.

—Vale, lo tomaré como un halago —reí.

Esa noche sí me puse un vestido negro de punto que se ajustaba perfectamente a mi cuerpo y me quedaba genial, con unos ribetes de encaje en el cuello y la mangas y unos botines altos negros. El conjunto quedaba muy desenfadado, pero sexy. Sobre él mi abrigo negro, de estilo militar. ¿A qué me sonaría?

Me recogió en la puerta de casa con su coche, un deportivo negro precioso. Él venía también para chillarle, con unos chinos en beige, camisa blanca y cazadora de piel marrón. Guapo, lo que se dice guapo.

—¡Estás impresionante! —exclamó tan pronto me senté en el coche.

—Gracias, pero no te quedas atrás.

—No, es que desde el asiento de atrás no podía conducir. Me tenía que sentar en el del piloto — me guiñó el ojo—. Pero que, si quieres, nos vamos para el asiento trasero ya —bromeó.

Me encantaba su humor irónico y ganas no me faltaban de colocarme en ese asiento de un salto, pero habría sido el colmo, allí mismo como los quinceañeros.

—¿Te imaginas? —Reí.

—En sitios más raros lo hemos hecho tú y yo —aludió al campamento, que desde luego no era el escenario más romántico del mundo.

Arrancó el coche y me cogió la mano. Me sentí inmensamente feliz. La noche me hacía una ilusión enorme.

Fuimos a cenar a un restaurante italiano muy conocido en la ciudad y en el que él ya había reservado mesa. Encima precavido, ¡si es que lo tenía todo!

Pedimos pizza y pasta para compartir, regada de un buen vino. Por suerte, ya se me había pasado la borrachera del día anterior.

—¿Qué tal la llegada? Ya tenía ganas de que me contaras.

—Perfecta. El viernes de tranqui total y anoche con mi amiga Ruth, ya menos de tranqui —reí.

—¡No me digas que hicisteis otra escenita de Bar Coyote!

—No, no, no siempre somos tan peligrosas, ¿por quién nos tomas?

—Suponía que no, porque no había leído nada al respecto en la prensa esta mañana y eso sería para ocupar titulares —rió.

—¡Mira él que gracioso! ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

—Pues también con los amigos y claro, con la familia. Por cierto, ¿qué cuenta mi suegra? — Me sacó la lengua.

—Pues nada, ayer comí también con ella y con mi padre. Estuvo cubriéndose de gloria, como siempre.

—¿Qué dices? Si es encantadora.

—Sí, sí, cuando la conozcas me lo cuentas, encantadora, pero de serpientes.

Nos reímos mucho durante la cena y lo mejor de todo eran las miradas, esas miradas, primero furtivas y luego directas, que traspasaban el ámbito de la retina para ir a acertar a nuestros corazones. Si algo tenía claro es que, sin ponerle nombre, aquello era lo más bonito que me había pasado en la vida.

—¿Y tus padres? —pregunté.

—Buaa, locos de contentos, igual que yo de verlos. Eso sí, casi salgo de allí rodando, mi madre se empeñó en que me veía flaco y quería que engordara tres kilos de golpe, por lo visto.

—¿Flaco? Yo te veo estupendo.

—Ya, ya. Si estoy justo en mi peso, pero es cosa suya. Siempre la misma historia. Para ella, que yo no como.

—Típico...

—Sí y luego también estuvieron mis sobris y lo pasamos genial con sus disparates.

—Imagino. Yo no tengo sobris, claro es que no tengo hermanos —reí—. Bueno, aunque pensándolo mejor, mi madre tiene un gato, que dice que es como su hijo. Quererlo lo quiere más que a mí, así que, en el fondo, puede ser...

—Eres más malilla... —¿Postre?

—Por supuesto, una cena sin postre es como un jardín sin flores —le sonreí.

—¡Tú sí que eres una flor! Anda, Doña Flor, pide lo que quieras...

—¿Para compartir?

—Claro, yo contigo comparto lo que te dé la gana. Formamos un equipo cojonudo, ¿no crees?

¡Y tanto que lo creía! Puedo jurar que aquel postre no sólo era dulce, sino también sensual. Uno al otro, nos dimos unas cucharadas de deseo, con una pizca de picante y un mucho de fuego. Un fuego, que no dudamos en ir a sofocar a mi casa.

—¿Una copa? —pregunté cuando entramos por la puerta.

—Dicho en ese tono sugerente no veo razón alguna para rechazarla —la forma en la que se mordió su labio inferior incitaba a la lujuria hasta a un muerto.

—Me quito el abrigo y te la sirvo.

—Quítate lo que quieras. No seré yo quien me queje.

—¿Lo que quiera? —Me sonaron bien esas palabras.

—Totalmente —asintió con la cabeza.

Me encantaban los desafíos. Me fui despojando lentamente del vestido y me quedé en ropa interior. Llevaba un conjunto compuesto de *bralette* y tanga, negros, que sacó sus ojos de sus órbitas.

Emitió un silbido y yo veía su gesto contenido por la excitación.

—¿Suficientemente ligera de ropa? —Acerqué la copa a sus labios. Dio un trago.

—Eres la camarera más sexy del planeta y lo sabes. Suficiente de momento, siéntate aquí.

Soltó la copa y, mientras yo me sentaba sobre sus piernas, soltó también el aire. Se veía que disfrutaba de las vistas, del momento, de la intimidad, de todo. Para mí era atractivo a rabiar y, conforme comenzó a besar mi cuello, sentí cómo se me erizaba el resto de la piel.

Poco a poco, fui quitándole también la ropa.

—¿Tienes frío, pequeña?

—No, tengo ganas.

Las caricias que dedicaba a mi cuerpo se sucedían y yo me dejaba llevar. Se notaba que no había prisas, presiones, ni la posibilidad de que nadie nos pillara. Se respiraba calma y deseo.

Con un sutil juego de dedos, desabrochó el *bralette* y lo dejó caer. Mis senos, que siempre miraban al cielo, en aquella ocasión también lo miraban a él.

Comenzó a masajearlos en círculo y pronto sació su curiosidad. En cuestión de segundos, comprobó a qué sabían y, mientras succionaba, yo notaba la humedad resbalar desde mi interior, en dirección a la salida de mi cavidad íntima.

No fui yo sola quién lo notó.

—¿Qué es esto? Se llevó los dedos primero a la pierna y luego a la boca.

—¿Es...?

—Es parte de ti y me excita hasta la saciedad.

—¿Sí?

—No sabes cuánto. Eres jodidamente sexy y no es tu culpa que esto alcance una dureza desproporcionada —llevó mi mano a su miembro.

—Y no sólo una dureza —mi gesto era lascivo hasta decir basta— también un tamaño —lo tocaba y aquello no paraba de crecer. Me reí.

—¿De qué te ríes? —preguntó en tono chulesco.

—De que yo considero que esto —señalé graciosamente a su miembro— se ha de aprovechar.

—Estamos de acuerdo.

—Pues...

—¿Dónde vas?

—A aprovecharlo —me mordí el labio.

—¿Tú solita? Yo también quiero aprovechar esto —retiró mi tanga y se llevó en los dedos parte del elixir que seguía fluyendo de mi interior.

—Tú dirás entonces, no nos vamos a pelear —sonreí maléficamente.

—De eso nada, aquí hemos venido a hacer el amor y no la guerra —fue muy agudo él.

—¿A hacer el amor, estás seguro?

—Lo estoy. Que vayamos a follar como leones no es incompatible con hacer el amor.

—Vale, vale, ya me quedo más tranquila.

—¿Más tranquila? Más tranquila te quedarás cuando te hayas corrido muchas veces para mí.

—¿Muchas? —Moría con aquella conversación.

—Muchas. Y es una orden. No lo olvides.

—Siendo así, no quiero que me arrestes, ¡o sí! —Mientras lo pienso, vamos para la cama— tiré de su brazo.

Se tumbó de espaldas y yo me puse a horcajadas sobre él, de espaldas. Noté su lengua en mi clítoris cuando me incliné hacia delante y comencé a lamer su miembro. En cuestión de segundos, habíamos sincronizado nuestros movimientos y en cuestión de minutos, los dos sabíamos mejor aún a qué sabía el otro.

—¡¡Dios, Ali!! Ha sido muy intenso...

Me bajé y me tumbé a su lado, ahuecándome en su pecho. Su olor me ponía mucho, debajo de su exquisita capa de perfume, olía a un Liam varonil que me atraía irremediablemente. Era el mismo olor que percibí, muerta de miedo, la noche que pasamos al raso y el mismo que deseaba que penetrara hasta mis entrañas. Era olor a sexo.

Nos besamos, lentamente, con la tranquilidad de saber que la noche no había hecho más que comenzar.

Los círculos que empezaron a dibujar sus dedos sobre mi clítoris, me indicaron que el *show* continuaba.

—¿Ya estás repuesto? —gemí.

—¿Te parece pronto? Tengo ganas de ti —gruñó.

—Y yo de ti...

La forma en la que me dio la vuelta fue tan brusca como morbosa. De repente, encima de mí, de repente, con su miembro en mi entrada, de repente, comprobando dónde estaba mi tope. Un tope húmedo y ardiente, que se contraía para apretar un miembro que, con un vigor inusitado, entraba y salía de mí, campando a sus anchas.

Sus ojos buscando la más libidinosa de mis miradas, su musculoso torso sobre mí, sus brazos tensando los míos y su miembro penetrándome cada vez con más énfasis, elevaban mi excitación a la máxima potencia.

Un calor súbito procedente de lo más interno de mi ser me invadió antes de que mi cuerpo se contrajera por un intenso orgasmo, que me dejó exhausta.

Fue entonces cuando comprobé que Liam estaba también a punto de alcanzar el clímax.



Manteniéndole la mirada, comencé a estrangular su miembro con estudiados movimientos de mi vagina que le llevaban al límite, para volver a darle un poco de tregua y de nuevo arriba. Un festival de gemidos por ambas partes y ya estaría.

—Dios... No recordaba lo mucho que me gusta correrme dentro de ti —apartó mi pelo y me besó.

—¿Es lo más bonito que sabes decirme en estos momentos? —Reí.

—¿No eres tú la chica dura a la que el romanticismo le da un poco o bastante igual? —Su gesto era de relax y felicidad.

—Psssssssss, igual, hasta empieza a gustarme. No sé, podrías hacer la prueba, a ver qué pasa.

—Pues lo que pasa es que estoy empezando a sentir algo por ti, pequeñuela; pasa que desde que volvimos he estado contando las horas para volver a verte; pasa que, aquella noche en la que tú crees que yo te salvé, es más que probable que fueras tú quien me salvaras a mí. Dicho está, ¿cómo te ha sentado?

—Bien, bien, no me quejo...

—¿Eso es todo? ¿Un no me quejo?

—¿Y qué esperabas? ¿Una declaración de intenciones?

—Más o menos...

—Ok, ok, pues ahí va una: quédate a dormir conmigo...

## Capítulo 10

Abrí los ojos y lo pillé mirándome, sonriente.

—Buenos días, Liam —le devolví la sonrisa.

—Buenos días, preciosidad —me tocó el pelo y besó mi frente.

—¿Llevas mucho tiempo despierto? —Me pegué más para abrazarlo.

—Un rato y estoy loco por un café, pero no me atreví a moverme por si te despertaba.

—Sargento, ni aunque nos hagan un sabotaje me despierto. Sólo reconozco la alarma de mi móvil, por lo demás ni me entero.

—Pues ya lo sé para la próxima vez —me besó y nos levantamos para preparar el café.

—¿Y quién te dijo que habrá una siguiente vez? —Reí mientras me dirigía hacia la cocina.

—Bueno, verás lo que te tengo que decir cuando me pongas el café...

—Encima lo tengo que poner yo, me niego —me senté en la mesa y me encendí un cigarrillo.

—No deberías fumar —sonrió encendiendo la cafetera.

—Ni meter hombres en mi casa y mírate —sonreí ladeando la cabeza.

—¿El azúcar? —preguntó sonriendo.

—En ese mueble de abajo y en aquel cajón de arriba, las cucharas. La leche ya sabes dónde está —dije con segundas.

—En la nevera —me miró con una sonrisa pícaro que me derritió toda.

—Entre otros muchos sitios —aguanté la risa.

—Entendido —me miraba sonriente con esos ojos que se me clavaban como puñales.

—¿Y qué es lo que me tenías que decir?

—No me has hecho el café —hizo un carraspeo mientras lo preparaba él.

—Ni te lo voy a hacer —negué riendo.

—Bueno, se sentó con los dos cafés en la mesa —había pensado, ahora que estamos libres por un mes, en hacer una locura.

—¿Volver a Afganistán? —solté una carcajada.

—No, precisamente eso no —rió—. En hacer las maletas y pirarnos unos días por ahí. ¿Te apuntarías?

—¿Dónde hay que firmar? —Reí.

—¿En serio?

En serio decía, como si me pedía un hijo, también se lo daría. Lo pensaba mientras aguantaba la risa.

—Claro, no tengo nada mejor que hacer.

—¿Dónde te gustaría ir?

—En eso no me meto, me da igual por la península, por las islas o por el resto de Europa y si lo pagas tú me voy hasta a Asia —reí.

—Lo voy a pagar yo vayamos donde vayamos, pero tan lejos no, vengo harto de avión —reía.

—Ah no, pagamos los dos que yo también estuve de misión y me traje un buen pellizco —advertí.

—Bueno, me da igual, pero voy a invitar yo que para eso lo propuse —levantó la ceja—. ¿Qué te parece ir en coche a recorrer Portugal y nos dejamos de aviones?

—Joder, es muy buena idea —afirmé con asombro.

—Pues ve haciendo las maletas que ahora tenemos que ir a mi casa y hacer las mías. Esta noche primera parada en el Algarve —sonreía.

—¿Pero hoy? —pregunté alucinando.

—¿Y para qué vamos a esperar?

—También tienes razón —me bebí de un trago el café y me fui a preparar las maletas.

Ni media hora me hizo falta para tenerlas listas y ducharme. Ya estaba en su coche montada camino a su casa.

—El coche huele que no veas, se nota que es nuevo. Y una cosa. ¿Me vas a tener todo el camino sin fumar?

—No, te voy parando cuando lo necesites —rió.

—No te lo crees ni tú. Yo abro la ventanilla y fumo, advertido quedas.

—Me lo pensaré —levantó la ceja.

Llegamos a su casa, situada en una zona muy bonita de unifamiliares nuevas. Cada vez tenía más claro que era el hombre de mi vida, pensé bromeando.

La casa era preciosa, nada recargada, con mucha luz. El mobiliario todo en blanco y con un aire muy sobrio.

Preparó la maleta rápidamente. Otro como yo de rápido, nos montamos en el coche y le puse un mensaje a Ruth para contarle que me había ido.

Un rato después me llamó mi madre y para hacer la gracia de turno puse el teléfono en manos libres.

—Hola, mamá —sonreí mirando a Liam, que me miró negando mientras conducía.

—Hola, Alina. He preparado para comer pasta de la que te gusta, te esperamos.

—No, mamá. No estoy en la ciudad, te iba a llamar para decirte que me voy unos días a Portugal.

—¿Y eso?

—Nada, me apetece después de la misión tomar unos días el aire.

—¿Con quién vas?

—Con un amigo del cuartel.

—¿Cristian?

—No, mamá —volteé los ojos.

—No andarás con nadie raro ¿no? —Se estaba poniendo tonta.

—Mamá ya hablamos en estos días —resoplé.

—Hija, debes sentar ya la cabeza, no tienes quince años.

—Vengo de una misión. ¿Qué más necesitas para demostrarte que no soy una cría?

—Bueno en las misiones vosotros estáis todo el día vagueando, que se sabe lo que es la vida militar —me estaba poniendo de una mala hostia increíble.

—Mamá, haga lo que haga jamás lo vas a valorar, pero bueno, que me piro de vacaciones. A la vuelta te llamo.

—Hombre, me llamarás para decir que has llegado bien, digo yo.

—Tranquila, si llego mal las noticias vuelan —solté con sorna.

—Pues ten cuidado.

—Tenlo tú también —dije con ironía.

Y colgó. A ella lo de decir adiós debía darle sarpullidos o fiebre, pues nunca se despedía.

—Te la regalo —le dije bromeando antes de que dijera nada.

—Nos llamó vagos —reía.

—Claro y alto —negué riendo.

—Cosas de la edad —intentó excusarla.

—Nada, de serie, lo lleva de serie —puse gesto de resignación causándole risa.

—Bueno, no se lo tomes en cuenta, es tu madre.

—Mira sargento, una cosita —carraspeé y ya se estaba riendo, viendo que le iba a soltar una de las mías—. No me toques los ovarios que no sabes cómo me enciende el tema de mi madre —reí.

—Bueno, mi soldado. No digo más nada —hizo el gesto de echarse la cremallera a la boca.

—Pues así estás más mono, más guapo, más sexy...

—Eres tremenda —reía.

Subí el volumen de la radio, ya estaba sonando una canción de Vanesa Martín que me encantaba, «Frenar enero».

La comencé a cantar como si se me fuera la vida en ello, él me miraba sonriendo y yo le señalaba hacia delante para que no perdiera la vista de la carretera, pero me acercaba a él cantando con intensidad.

—Y que yo te haya encontrado en medio de los montes de Kabul —negaba riendo.

—Calla, que tú estabas cagado, pero te hiciste el chulo.

—Lo estaba, no te voy a mentir, pero sabía que lograría llegar —carraspeó mirándome.

—¡Que mires adelante, leches! —Levanté la mano en todo amenazante, causándole una carcajada.

—Tranquila, no pierdo la vista.

—Por cierto. ¿Dónde vamos a dormir?

—Para esta noche he reservado por la aplicación un hotel en Albufeira. Ya iré improvisando para las demás según nos apetezca.

—Todo controlado lo tiene mi sargento —hice un gesto sorpresivo y a la vez irónico que le causó una risa—. ¡Que mires hacia delante! Me estás poniendo nerviosa —resoplé.

—Madre mía, me tratas fatal, si lo sé te dejo en casa —bromeó.

—Nada más que tienes que dar la vuelta, pero te advierto que me vas a echar de menos y luego no me vengas llorando y esas cosas —bromeé—. ¡Y mira para delante! —volví a chillar al ver que me miraba con expectación a lo que le había acabado de soltar.

—Te voy a dejar en Albufeira y voy a continuar solo —reía.

—Sin problema. Llevo ahí unos bikinis que quitan el hipo, seguro que me sale un maromo.

—Pues será en el spa, con el frío que hace dudo que te lo pongas para pasearte por el hotel —reía.

—Bien se nota que no me conoces, no sabes de lo que soy capaz —solté con chulería.

—Lo sé, créeme que lo sé, no te quepa duda —reía.

—No, no sabes hasta qué punto...

—¿Qué es lo peor que has hecho? Aunque ya alguna me has contado...

—Eso te lo cuento con dos copas encima.

—Esta noche te emborracho —rió.

—No eres capaz —solté una carcajada al imaginarme borracha dándole la brasa. Liam no me conocía en ese estado.

—Ya lo veremos, nada más llegemos compro una botella o dos, por si te cuesta pillarla —aguantaba la risa.

—Con eso no tengo ni para empezar, dos botellas son como un chupito para mí —bromeé.

—Me va a salir cara la niña —resopló entre bromas mientras conducía de lo más sexy con su brazo estirado.

—No lo sabes tú bien, además seguro que te has traído de Afganistán el doble o el triple que yo, así que ráscate el bolsillo —reí.

—¿Y qué dices que te gusta beber? —preguntó cambiando el tema.

—Menos whisky, todo.

—Me gusta la ginebra con tónica.

—Un *gin tonic* de toda la vida —reí.

—Eso mismo.

—Yo me los bebo de dos en dos.

—Me parece que eres mucho de boca y luego, nada de nada.

—Liam, no me conoces... —Y no me conocía, reí.

Después de parar a tomar café y continuar, llegamos a Albufeira.

El hotel estaba situado en pleno centro del pueblo. Se veía un ambiente muy animado, lo cual no era extraño, considerando que era domingo y estaban todos los bares abiertos.

Dejamos nuestras pertenencias en la habitación de un hotel con mucho encanto y bajamos a comer. No era precisamente temprano. El reloj marcaba las cinco de la tarde.

Nos sentamos en una terraza en la que estaban asando sardinas y el olor nos llevó a ella, nos pusieron una bandeja, además de marisco a la parrilla. Todo estaba de escándalo.

—Esto es vida, no la mierda de comida de la misión —reí.

—No nos podemos quejar, los cocineros se lo curraban —volteó los ojos.

—Es verdad, pero vamos nada que ver con comer todo el tiempo lo que te apetezca —gemí mordisqueando esas sardinas.

—Eso sí, pero no comíamos mal —sonrió mientras comía y me miraba con esos ojos que me dejaban sin aliento.

—Estás muy respondón hoy —volteé los ojos.

—Para nada —rió— lo que pasa es que me encanta escucharte, buscarte, reír contigo, conectar, en definitiva, me llenas de vida —dijo en un tono que por poco se me caen las bragas en ese momento.

—Bueno diciéndome esto así hasta me pones tierna —le di un apretón a su mano por encima de la mesa.

Y no mentí, era decirme algo como aquello y mi corazón daba un vuelco. Me encantaba que se sintiera de esa manera y que sobre todo le llenara de vida. Eso era muy importante, el hecho de saber que le causaba tamaña sensación.

Durante el almuerzo nos bebimos unos vinos y luego nos fuimos a otra terraza súperanimada a tomar unos *gin tonic*.

Me encantaba pasear con él. A esas alturas ya me llevaba de la mano, del hombro, me besaba la frente, me hacía mil gestos de lo más cariñosos...

Mientras tomábamos las copas en esa otra terraza nos pusimos a recordar el día en que nos conocimos, las condiciones en las que estábamos y los nervios por llegar rápido a zona segura, aunque allí seguro no había nada, pero al menos nos sentíamos más a salvo.

Había sido algo increíble. Nos habíamos cruzado mil veces por allí, habíamos tomado café cerca el uno del otro en infinidad de ocasiones y nunca nos tomamos en cuenta. Tuvo que pasar algo tan fuerte para que por fin ambos tomáramos conciencia de que el otro existía.

Estuvimos tomando copas relajadamente toda la tarde, riendo a carcajadas, pero llegó un momento que ya me disparaté y mira que se lo avisé.

—Quiero un *Satisfyer* —dije en tono exigente.

—Pídeselo al camarero, que no te falte nada —me hizo un guiño y no sabía si me estaba tomando el pelo o pensaba que era una bebida o algo para picotear.

—Pídeselo tú por mí —sonreí.

—Ahora mismo —levantó la mano y el camarero se acercó inmediatamente.

Por poco me muero cuando lo vi delante de nosotros.

—No, vida —dije antes de que hablara—. Mejor prefiero tomar un chupito de orujo —sonreí.

—Ya no quieres el ...

—Nada más —miré al camarero para que se fuera.

—¿Te pasa algo mi soldado?

—¿Te estás riendo de mí, mi «sargento toca ovarios»? —Sonreí con ironía.

—¿Como era ese coctel que te querías pedir? ¿Satis... qué? —Aguantaba la risa.

—No tienes tú *ná*... —solté el aire y comencé a reírme.

—¿Yo? —Se hizo el sorprendido—. ¿Encima de que te lo iba a pedir? —negó haciéndose el indignado.

Realmente tenía dudas sobre si me estaba dando coba o no, pues por un lado pensaba que sabía de qué se trataba y me quiso asustar con lo del camarero y por otro lado pensaba que no tenía ni idea.

Pasé del tema no fuera a ser que al final se lo pidiera al chico y se formara allí la marimorena, que yo tenía tela, pero el sargentito no se quedaba atrás.

Después de un buen rato más y otras copas nos fuimos para el hotel. No quería seguir bebiendo, ya que me estaba sentando mal, no como otras veces que me ponía de lo más graciosa.

Llegué a la habitación casi a rastras. Por suerte, Liam me llevaba, pero me tiré a la cama a lo justo. Ni me cambié de ropa, eso sí, él se encargó de desnudarme y taparme...

## Capítulo 11

Me levanté y Liam estaba en la ducha. Me quería morir, ya que me dolía la cabeza muchísimo.

Necesitaba un café en vena. Mientras llegaba, me tomé una pastilla y me metí en el baño para darme una ducha.

Una sonrisa se dibujó en su cara nada más verme.

—Ni se te ocurra ponerme una mano encima —advertí mientras me metía con él bajo el agua.

—Un beso espero que sí —me miró fijamente los labios.

Lo besé y me abrazó inmediatamente. A continuación, se puso a enjabonar mi cuerpo como él sólo podía hacerlo. Si he de ser sincera, hasta el dolor de cabeza me lo fue quitando con un masaje capilar.

Nos vestimos y bajamos a desayunar a la calle. En el hotel en el que nos alojábamos no había ni cafetería, era de paso y había cogido uno muy sencillo, cosa que me parecía perfecta.

—¿Mejor? —preguntó mientras nos ponían el café.

—Un poco —reí negando por la resaca tan tonta que tenía.

—Pensé que la ibas a liar algo más.

—Me faltó Ruth —le saqué la lengua.

—Vaya, conmigo no te lo pasas tan bien —arqueó la ceja.

—No digas eso —reí— contigo me lo paso genial —encendí un cigarro ante la mirada de disconformidad de él por verme fumar con dolor de cabeza.

—Pues parece que no.

—Con ella también tengo resaca —advertí riendo.

—Vaya, me dejas más tranquilo —su tono era bromista y a mí me fascinaba a pesar de cómo estaba.

Tenía la sensación de llevar toda una vida a su lado y una confianza que me permitía sentirme totalmente yo, con mis locuras, mis arranques y mis bromas. Eso me gustaba mucho.

Sus miradas eran de esas que van acompañadas de una sonrisa, llena de mensajes y todos buenos. Sabía que había conectado conmigo de una forma que no siempre se da entre dos personas que se atraen, lo nuestro iba más allá.

Después del desayuno fuimos a recoger las cosas de la habitación y tiramos para el siguiente destino, situado en el mismo Algarve, pero pegado a la playa. Allí ya cambiaba el tercio, pues se trataba de un *resort* exclusivo de lo más paradisíaco, sólo para adultos. Por allí no veríamos a ningún niño correteando.

Piscina con bar interior, zonas ajardinadas repletas de camas de estilo balinés, chiringuitos de

madera de lo más cuidados y bonitos... Un conjunto sencillamente alucinante.

Podía definirse como paradisíaco. La habitación era una auténtica cucada, con *jacuzzi* a los pies de la cama, un botellero con bebidas, nevera con refrescos, hielo... lo teníamos todo, además de una gran selección de vinos.

—Me muero con este hotel. ¿Hasta cuándo nos quedamos?

—Hasta que volvamos a España —rió.

—¿No nos íbamos de ruta por Portugal? —Reí.

—Cambio de planes —se acercó a mí y me besó.

Me encantaba ese cambio de planes. Prefería estar allí relajada, aunque la piscina exterior por el frío no se iba a usar, el lugar tenía un encanto especial y además el *jacuzzi* ese a los pies de la cama haría todo el trabajo requerido para un momento explosivo.

Tiré de él y lo metí en el *jacuzzi*, ropa incluida. Nos sentamos vestidos en él, abrazados y continuando con esos besos que comenzamos fuera.

Se reía por la trastada que acababa de hacer, pero más allá de enfadarse, sonreía mientras se volcaba en mi cuerpo, me iba desnudando, disfrutaba de esos momentos de locura que a mí me daban.

La ropa sobre el agua flotando y nuestros cuerpos pegados, devorándonos, yo encima de él, notando ese miembro que rozaba mi zona peligrosa, esa que comenzaba a hincharse y a pedir más mientras apretaba mis pechos y me ponía cada vez peor.

Me senté sobre su miembro mientras entraba en mi interior y él me dirigía con sus manos en mis caderas. Me volví loca saltando sobre esa gruesa barra de acero que parecía tener Liam entre las piernas.

Un rato después bajamos a almorzar a uno de los restaurantes del *resort*. Estaba sonriente, me miraba con un rostro de felicidad que no dejaba lugar a dudas de que a mi lado se sentía bien, realmente bien.

Esa tarde me dijo que lo tenía que esperar un rato. Yo me quedé loca, me dejó ahí sentada con una copa en la mano en uno de los sofás de uno de los bares del *resort*.

Una hora y cuarto tardó, vamos lo que me duró la llamada con Ruth por eso lo controlé, ya que la puse al día de todo y me distraje.

—¿Te fuiste de putas? —pregunté colgando el teléfono.

—Casi —sonrió—. Una crema de licor de café con un hielo, por favor —dijo al camarero que se había acercado.

Me senté con los pies cruzados mirando hacia él. El sofá era de lo más cómodo y confortable, estaba en una zona de arena, pero toda cerrada por cristales.

—Explícame eso de casi —lo miré sin sonreír, por supuesto que aguantando la risa.

—Ah no, yo ahora mismo no puedo, eso te lo explico después —me hizo un guiño.

—¿Después? ¿Esperas a que me haya bebido unos cuantos y me siente mejor lo que sea? —Ahora sí reí negando.

—Como te bebas unos cuantos y descubras el motivo de mi ausencia, vas a enloquecer —sonreía.

—¿Saliste del *resort*?

—Ajá...

—¿Quedaste con alguien?



—No... ¿Estás celosa? —sonreía levantando la ceja.

—¿Yo? —Puse un gesto de exageración—. Ni que fueras mi sargento, estuvieras buenísimo y te llamaras Liam —negué volteando los ojos.

—Presente... —dijo a mi oído en voz flojita y calmada, me puso con la respiración agitada.

—No te pongas zalamero y empieza a escupir dónde estuviste esa hora y cuarto.

—¿Has controlado el tiempo? —preguntó sorprendido sin poder cerrar la boca de la impresión.

—Hombre, lo que duró la llamada con Ruth —sonreí.

—Ten paciencia —me hizo un guiño.

Pasé, no le iba a sacar ni media, pero perderse una hora y cuarto... ¡¡¡No era normal!!!

—Tengo hambre —dije en tono serio.

—Vamos a cenar en nada, tomamos esto, hacemos un poco de tiempo y vamos a la habitación a cambiarnos.

—No me quiero cambiar, estoy guapísima —le saqué la lengua.

—Bueno, pues me acompañas a cambiarme yo —volteó los ojos mientras reía.

—Mira sargento, no me toques las narices que hasta que no me cuentes dónde fuiste te juro que no te pienso decir ni por ahí te pudras —hice una mueca.

—Mi soldado —respondió con retintín— no me subestimes —carraspeó.

—Me muero de hambre, repito, me muero de hambre —dije bromeando.

Miró el móvil y me agarró de la mano llevándome hacia la habitación.

Fue abrir él la puerta de la habitación y un cosquilleo recorrió mi estómago.

Ante mis ojos, una decoración en papeles brillantes en color rojo y blanco, formaba un camino hasta la mesa que daba a la terraza entre cristales, con una mesa preparada y globos por todas partes del mismo color que los papeles.

—¿Y esto? —Lo miré emocionada.

—Quería que tuviéramos una cena especial como todo lo que nos rodea —sonreía alargando la mano para que me fuera a la mesa por ese camino tan bonito que había preparado.

—Me muero ¿por esto tardaste?

—Bueno en cierto modo sí, pero esto lo prepararon los camareros yo fui a encargar todo — apartó mi silla para que me sentara— y luego a por algo que será para el postre —sonreía.

La mesa era espectacular, llena de marisco y pescado frito, una botella de vino blanco que estaba delicioso y una compañía que hacía que fuera la cena más bonita de mi vida.

Lo miraba emocionada, agradecida por esa galantería y esos detalles que envolvían mi vida en una especie de burbuja que enamoraba mi corazón.

Me sentía con él plenamente llena y lo sentía como si fuera mío con total seguridad. Eso era lo más impresionante.

A la hora del postre llegó lo mejor, unos helados de crema de chocolate que provocaban un delicioso contraste de sabores.

—Toma —trajo algo de un cajón.

—¿Y esto?

—Es un regalo para ti —sonreía—. El culpable de mi tardanza esta tarde —carraspeó.

—Pues espero que sea lo suficientemente bueno para que te perdone —bromeé nerviosa mientras lo abría—. ¡No me lo puedo creer! —grité al descubrir la caja que contenía el *Satisfyer*

— comencé a reír negando con la cabeza. Me había dejado perpleja.

—¿Ahora qué?

—¿No se lo ibas a pedir al camarero?

—Claro, estaba dispuesto por ver tu cara —carraspeó.

Me levanté y me senté en su falda, lo abracé y besé, pero me hizo levantar para quitar mi pantalón y bragas. Me estaba muriendo de la vergüenza.

Me sentó de espaldas a él y abrió mis piernas, con los dedos de una mano separó mis labios y con la otra lo colocó perfectamente en el clítoris.

El cacharrito de marras comenzó a funcionar y jamás imaginé la sensación tan desorbitada que causaría en mí y ello pese que me habían hablado de ello. Era jodidamente bueno, no tardé en comenzar a chillar de placer y dejarme llevar por un orgasmo que debió escuchar todo el hotel.

## Capítulo 12

Amanecía el último día que pasaríamos en el *resort* y mentiría si dijera que no me daba una pereza increíble la idea de marcharnos de allí...

Eso sí, después de la sorpresa de la noche anterior, me desperté con una sensación de lo más buena. ¡Es que no fue una noche cualquiera! Liam no dejaba de sorprenderse...

—¿Qué tal has dormido, guapa? —Me besó en la frente.

—Sensacional —mi risita morbosilla lo decía todo.

—¿Y qué tal te has despertado?

—Cachonda —fui directa a más no poder.

—Así me gusta, sin rodeos... —Entonces, algo habrá que hacer al respecto, ¿no?

—¿Tú qué crees? Para eso no creo que pueda llamar al servicio de habitaciones...

—Ni se te ocurra...

Desnuda como estaba, Liam fue a hundir su cabeza en mi cavidad más íntima, esa que ya echaba fuego, pese a ser de lo más temprano...

—¿Si sigo así desistirás de llamar a nadie más? —Levantó la cabeza y penetró mis ojos con los suyos... Aunque no era ésa la penetración que yo estaba buscando...

—Si sigues así, te habrás ganado el derecho a ser el único, ahora y siempre —me mordí el labio.

—Vuelve a mordértelo...

—¿Así? —exageré el gesto...

—Así, mírate allí... Me puso a cuatro patas y siguió lamiendo desde atrás, con mi cara enfrentando el espejo.

—¡Liam...!

—Presente...

—¡Liam...!

—No soy sordo, ya he escuchado que me llamas, ahora sólo quiero que me digas lo que te apetece...

—Sigue, no pares, por lo que más quieras...

—Pues entonces, no me hagas hablar, déjame hacer mi trabajo... —Su tono era de lo más sensual, salpicado por un toquecito de mando que me ponía al límite, ¿de dónde le saldría eso?

Nadie había sabido jamás jugar con mi clítoris como lo hacía Liam y eso que no hacía demasiado tiempo que habíamos hecho las presentaciones. El delicado tacto de su lengua sobre él, que poco a poco se iba incrementando, provocaba en mí un calor interno que no tardó en

eclosionar en forma de brutal orgasmo.

—¿Has visto lo bien que queda mi cara al lado de la tuya? —Para ese momento ya se había incorporado e hizo que ambos miráramos a la vez el espejo. Y lo que yo veía provocaba en mí la máxima de las excitaciones.

Liam sabía cómo sacar de mí a la fiera sexual que llevaba dentro y lo potenciaba. Le gustaba jugar con nuestros cuerpos, pero también con las miradas, con los gestos y con las palabras. En la intimidad, era provocación en estado puro y en mí creaba un disparate total. Juntos, encendíamos la mecha...

—Ahora me toca a mí —mientras me agachaba en dirección a su miembro veía el deseo en sus ojos. Y era tanto que quemaba...

—Esto sí que son asaltos —reía un rato después mientras nos duchábamos.

—Sí. Nos las damos mortales. Me encanta.

—Y a mí más, fea —me dio un toque en la punta de la nariz.

—¿Fea me vas a decir?

—¿No eres feílla? —Me volvió a mirar con ojos de «me estoy revolucionando de nuevo». ¡Allá íbamos otra vez!

—Menos mal que hemos salido de la habitación porque si seguimos allí no respondo —reía mientras me agarraba la cintura, una hora después.

Íbamos en dirección al comedor, donde nos tomamos un desayuno que debía tener calorías para diez días.

—¡Esto no debería estar permitido! —Reí—. Yo no puedo reprimirme. Al final, van a provocar que me tenga que hacer una lipo y seguro que los muy desgraciados no van a querer que les pase la factura.

—No, no he leído yo la letra pequeña del contrato, pero me da que no hay ninguna cláusula diciendo que se hagan cargo de eso.

—No, ¿verdad? —Le saqué la lengua.

—No, pero que te veo venir, que tú lo que quieres es que te diga que no te hace falta nada de eso, que estás para mojar pan... ¿O no?

—Puede...

—Pues no te lo voy a decir —reía.

—Ya me lo han dicho tus ojos, bobo —con él todo era cachondeo.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—Es nuestro último día, me apetece descansar —me eché hacia atrás, de lo más relajada.

—Serás jodida, lo dices como si hubiéramos estado el resto de los días picando piedra...

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, te voy a dar la razón en todo. A picar piedra no hemos venido, hasta ahí podía llegar la broma y en cuanto a lo de jodida, eso sí. Y bien jodida —le guiñé el ojo, aunque él ya lo había pillado.

—Oído cocina. Pues luego habrá que repetir para que no se pierdan las buenas costumbres...

—Venga, haremos un esfuerquito —nos pasábamos el día enganchados.

Pese a ser invierno, el día estaba deslumbrante. El sol apretaba con fuerza e invitaba a salir, de modo que nos dirigimos a las zonas ajardinadas y nos tumbamos allí, a tomar el sol y a charlar animadamente.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—¿Qué de qué?

—Que ya volvemos, habrá que ver cómo nos lo montamos, ¿no?

—A ti te gusta tenerlo todo controlado, ¿o me equivoco?

—Hombre claro, a ver si te crees que te gusta a ti sólo lo de tener el don de mando —le lancé una sonrisilla picarona.

—Pues déjate de tanto planear y ya verás cómo el destino te sorprende y todo fluye —me abrazó e hizo ver como que me apretaba la cabeza desde arriba, con los nudillos.

El día lo pasamos de lo más distendidos, con un almuerzo de reyes y un siestorro incluido que nos supo a gloria.

—Última noche en el *resort* —me estaba costando incorporarme al mundo de los mortales...

—Pero no por ello peor que el resto. Ponte guapa que esta noche nos vamos de cena.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. Al chiringuito ese que tiene el interior acristalado, que se está genial.

—¿A ése tan romántico?

—Al mismito.

—Wow, ¿y a qué debo ese honor? Menos mal que me traje un vestidito por si acaso...

—No esperaba menos de ti, soldado Gilca, pareces tenerlo todo previsto...

Pero no, no lo tenía todo previsto...

La cena estaba resultando de lo más idílica. Yo me había puesto divina de la muerte y mi chico estaba para hacerle un monumento, atractivo a rabiar.

Desde el mismo momento en el que nos sentamos a cenar noté que algo distinto y profundo surgía de la mirada de Liam. Casi podría apostar porque sus ojos querían gritar a los cuatro vientos lo que sus labios estaban a punto de decir.

Tras el postre, brindamos con champagne y él carraspeó.

—¿Te has atragantado?

—No, pero igual ahora sí que lo hago —cogió mi mano— por favor, sé que lo que voy a decirte quizás te impacte un poco, pero déjame que llegue hasta el final o me lo vas a poner más difícil.

—No me asustes —mis ojos buscaban información en los suyos.

—No pretendo asustarte, mi vida, muy al contrario, pretendo amarte, cuidarte y mimarte. Soy consciente de que hace muy poco que nos conocemos, Alina, aunque también hay que reconocer que lo nuestro no fue un comienzo de lo más convencional. Eso sí, desde el mismo momento en el que mis ojos se posaron en los tuyos bajo el manto estrellado de aquella noche en Kabul, supe que eras una persona especial.

—Liam... —Yo no sabía si lo que sentía en el estómago era un pellizco o directamente se había convertido en un acordeón...

—Alina, yo fui a Kabul huyendo del mal de amores y justo eso, el amor, fue lo que encontré en medio de la guerra. Desde el primer momento me sentí irremediamente atraído por ti, y no hablo solo de lo sexual, que también —rió—. Lo que quiero decirte es que pensé que nadie podría llegar de nuevo a ocupar mi corazón después de lo que me ocurrió y tú, con tu naturalidad, supiste acariciarme el alma desde el mismo instante en que me dirigiste la palabra, cariño. Entiendo que

es pronto, pero tengo tan claro como que ahora mismo es de noche que eres la persona con la que quiero dormir cada noche y despertar cada mañana. Por esa razón, no encuentro ningún sentido a esperar más tiempo para decírtelo. La vida es efímera y la mía quiero compartirla contigo, pues hora que no te veo, hora que te echo de menos. Dicho esto, no sé si pedirte por favor u ordenarte que te embarques conmigo en la misión más importante de nuestra vida: la de hacernos inmensamente felices el uno al otro. Cásate conmigo, preciosa.

—¡¡¡¡Sí, Liam, a esa misión voy de cabeza!!!! Me caso contigo una y mil veces que me lo pidas...

## Epílogo

*6 meses después*

—¿Y qué te dijo tu madre entonces? —Ruth me ayudaba a terminar de arreglarme.

—Pues de todo, menos bonita, ya la conoces —reí.

—¿Y tú?

—Yo, el caso de la pared. Sólo faltaba que tuviera que salir vestida de novia de su casa. Me parece una novelería y no me da la gana. ¡Hasta ahí podía llegar la broma!

—¡Te digo que eres un caso! Yo le hago eso a mi madre y se muere. Bueno, primero se muere ella y después me muero yo siete veces. —Olga era toda dulzura.

—¡Hombre, claro! Pero eso es porque tú eres una hija como Dios manda, que diría mi madre y yo soy una descastada —reí.

—Anda, anda, sí, te vas a poner tú ahora como si fueras el bicho que picó al tren. —Ruth se partía.

—Claro que no, si eres un trozo de pan, lo único es que con tu madre tienes tus diferencias...

—Sí, dos o tres, pero vamos a dejar el temita ya, ¿estoy guapa o no estoy guapa?

—Estás para caerse de espaldas, bonita. Verás cuando te vea Liam...

—Pues vámonos chicas...

Y allí iba yo, camino del altar, en un precioso día de verano, en el que el sol lucía maravilloso y en el que me acababa de enfundar en un moderno vestido de novia, un tanto distinto, como yo, con un toque metálico que completaba un *look* más *rocker*.

—Hija mía, estás guapísima —mi padre esperaba ya en la puerta de la calle con un flamante coche descapotable, también de línea moderna. Él se había empeñado en ponerme un coche de alquiler y yo le había dicho que cualquier cosa menos uno de época. Yo bajo y veo eso y me da un síncope.

—¿He acertado, hija? —Me puso el brazo para que me agarrara.

—Mucho, papá.

—¡Ni que lo hubiera escogido yo!

—¿Quién ha dicho eso?

—Debe haber sido el chófer, Alina, que no calla ni debajo del agua. Me viene dando una murga —rió mi padre.

—Sí, sí, ya imagino yo qué chófer es ése.

Cristian se bajó del coche y me dio un abrazo.

—¿Se puede estar más bonita? Mírala, si parece una diva. Estás que te sales, guapa. Y el traje, justo a tu medida, es el que te va. Elegante, con glamur, pero con un toque moderno...

—¡Hombre, claro! Antes muerta que sencilla... No creo que me esperaras con un vestido de corte princesa. Pero ¿se puede saber qué haces tú aquí?

—Pues qué voy a hacer, llevarte al altar, que no me fío de ti ni un pelo. Capaz eres de arrepentirte a última hora. Y para eso estoy yo. Son órdenes del sargento.

—No me lo creo ni en broma. El sargento sabe de sobra que yo voy, aunque fuera arrastrándome. Al final he sucumbido a las flechas de Cupido —puse un gesto de lo más teatrero.

—Mejor así, porque si no, las órdenes eran arrestarte.

—No sabes la ilusión que me hace que seas tú quien me lleve a la iglesia, petardo.

—Pues entonces no se hable más —me abrió la puerta y monté en la parte de atrás, junto con mi padre.

Bajé del coche y allí estaban nuestros muchos invitados, ya que, aparte de los familiares, habían acudido casi todos nuestros compañeros. Sin embargo, yo sólo vi a una persona, Liam, que estaba al lado de su madre y madrina.

—¡Guapísima! —Leí en sus labios, de lejos.

—¡Tú sí que estás guapo! —exclamé y todos se rieron.

Y lo estaba. Mi chico estaba que quitaba el hipo con su uniforme de gala y luciendo la mejor de sus sonrisas. Él de por sí era tela de atractivo, pero ese día parecía un auténtico galán.

Junto a él, todos nuestros compañeros varones iban ataviados también con sus uniformes, así como algunas de nuestras compañeras, aunque otras decidieron no hacerlo.

Llegué a su altura y es que me lo quería comer. Y él, no digamos nada. Mis manos temblaban, como en el momento en el que nuestras miradas se cruzaron bajo fuego enemigo, pero esta vez no de miedo, sino de emoción.

—Alina, me había imaginado este instante muchas veces, pero esto lo supera todo. Estás increíble, mi niña.

—Tú también, Liam. Y mira que yo no era de bodas, pero ésta no me la perdería por nada del mundo —reí.

—Es que, ¡mira que si te pierdes tu propia boda! —Se echó a reír.

Los últimos meses de nuestra vida habían sido espectaculares. Aunque nuestra historia empezó a fraguarse en el lejano Kabul, desde que estuvimos en tierras portuguesas, Liam y yo nos habíamos vuelto inseparables.

Su petición de mano me pilló por sorpresa y él siempre bromeaba con el hecho de que yo no estuve lo suficientemente avisada, vamos, que, según él, no supe esquivarla.

¿La realidad? Que su inesperada pedida me hizo la mujer más feliz del mundo y que desde ese día no dejé de soñar con la que sería nuestra boda, una unión que estábamos a punto de sellar.

La ceremonia estaba resultando de lo más emotiva. El cura era primo de Liam y de su misma



edad. El caso es que el muchacho sintió la llamada de Dios mientras Liam sintió la mía. Y todos contentos.

Así las cosas, su primo hizo que disfrutáramos mucho antes, durante y después de darnos el «sí, quiero». Incluso reveló anécdotas de trastadas de cuando eran pequeños y la iglesia entera se tiraba al suelo de risa.

Mi padre y la madre de Liam estaban a nuestro lado y, cerca de nosotros, a un lado, Ruth, mi querida amiga, ejerciendo de dama de honor. Mi idea inicial era que Olga la acompañara, pero ella dijo que prefería guardar un discreto segundo plano.

Todavía no había acabado la ceremonia cuando... ¿Olga? ¿Ella era la que deseaba pasar desapercibida? Pues allí estaba, guapísima y micrófono en mano. Me dejó loca.

Yo sabía que cantaba fenomenal porque la había escuchado muchas veces. De hecho, en Kabul, cuando teníamos que matar las horas, le pedíamos que nos cantara algo y siempre accedía. ¡Pero aquélla sí que era una sorpresa!

Comenzó a entonar el «*Quiéreme*» de Nuria Fergó y, antes de que me pasara a mí, que también terminé cayendo, las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Liam, que apretaba bien fuerte mi mano.

Viéndolo, me contagié y allá fui y lo mejor es que detrás de mí siguieron mi suegra, mi padre y, hasta mi madre, que estaba en primera fila. Por una vez, la mujer se dejó caer y la sensibilidad hizo acto de presencia también en ella.

La salida de la iglesia fue memorable, ya que nuestros compañeros nos armaron el arco, con el tradicional pasillo de sables. Liam me llevaba de la cintura y yo me notaba flotar. Estábamos sintiendo cada segundo a flor de piel.

De allí, nos fuimos a hacernos el reportaje de fotos, mi recién estrenado marido y yo.

—¿Qué miras? —Reía yo, feliz, mientras Cristian nos llevaba en el coche a un paraje que nos encantaba y que habíamos elegido para el reportaje.

—Miro el anillo y es un sueño. ¿De verdad estoy despierto?

—Yo te meto ahora mismo un pellizco y lo comprobamos rapidito, pero creo que lo estamos. Más que nada, porque el sablazo por el convite nos lo van a dar —reí.

—Así me hubiera tenido que endeudar de por vida, esto se celebraba a lo grande, cariño.

—Grande eres tú Liam y suerte tuve yo de encontrarte...

—Algo me está llegando y me parecéis un poquillo empalagosos. —Cristian se volvió. Hasta ésa— me señaló —que quién la ha visto y quién la ve, se echó a reír.

—Tú a lo tuyo, cotilla —estallamos todos en carcajadas.

El reportaje fue ideal. Sandra, una amiga mía que era fotógrafa, fue la que nos lo hizo y nos pilló una y mil instantáneas de lo más originales que nos dejaron con la boca abierta. La más divertida fue una en la que ella le hizo una señal a Liam para que me cogiera en volandas y yo, que no lo esperaba, me puse a chillar y a reír como una loca, mientras él hacía lo mismo.

Después volvimos con nuestros invitados, al hotel en el que se celebraría el convite y, desde que entramos por las puertas, todo fue fenomenal.

Durante los aperitivos, estuvimos charlando animadamente con la mayoría de ellos. Nuestros compañeros, los que conocían la historia desde cero, estaban entusiasmados y recordaban lo curioso de nuestros inicios.

Fernando se acercó a mí y me dio un abrazo.

—No sabes lo que me alegro, Alina. Y no sé ni cómo me has invitado con el mal cariz que te pinté cuando desapareció Liam. Me sentí fatal después.

—¿Y tú cómo ibas a saberlo? —bromeé—. A ver, yo en ese momento te hubiera estrangulado, pero después, tan amigos...

El corte de tarta fue también un momento muy especial. Como manda la tradición en las bodas militares, el corte lo hice yo con Liam a mi espalda, poniendo sus manos sobre mí.

Los invitados comenzaron a aplaudir y nosotros nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¿Sabes que se hace así como símbolo de unión y protección del marido a la mujer?

—Pues claro que no lo sabía. Ya sabes que no estoy muy puesta en estas cosas, pero mola —todo aquello me estaba haciendo mucha gracia.

Para la apertura del baile, Liam me dijo que escogiera yo pieza musical y la elegida fue una de mis favoritas, «*I don't want to miss a thing*» de Aerosmith.

—Eres lo mejor que me ha pasado nena —me soltó con la mayor de sus sonrisas mientras sonaban los primeros acordes.

—Me parece genial, pero no te vas a librar de bailar por eso —bromeé.

Liam siempre «amenazaba» con salir corriendo cuando hubiera que abrir el baile, porque decía que tenía dos pies izquierdos. ¡Vaya un exagerado!

—¿Le queda mucho? —Su sonrisa era de pánico.

—¿No te dan miedo los tiros y te lo da una cancioncita?

—¡Joder! Es que con lo otro me sé defender, con esto no —encogió los hombros.

—Pues para no saber, te está saliendo sensacional.

—¿En serio? Mira que si al final dejamos el ejército y recorremos el mundo como pareja de baile...

—¡Eh, tú! No te vengas tan arriba —¡ya hubiera sido el colmo de lo rocambolesco!

Después, bailamos todos con todos y pasamos unas horas estupendas, que es de lo que se trataba.

—Bueno, pues ya eres toda una señora. ¿Ahora cómo tengo que llamarte? —Ya los invitados se iban marchando y Cristian se estaba despidiendo.

—Ni idea —me hice la tonta—. Yo a ti pienso seguir llamándote igual, es decir, capullo.

—Pues gracias por la parte que me toca —él negaba con la cabeza.

—De nada, feo —le saqué la lengua.

Después de darles también el más fuerte de los abrazos a las chicas, Ruth, Olga, Liam y yo nos marchamos, pero no muy lejos. La noche la pasaríamos en la *suite* presidencial del mismo hotel, con *jacuzzi* y todas las comodidades incluidas.

En brazos de mi flamante marido, entré en aquella *suite* con la más bonita de las sensaciones, la de estar completamente enamorada y ser correspondida. Con una de sus piernas, cerró la puerta y por fin nos quedamos a solas. Llegó la hora de sacar el otro sable...

Amaneció el siguiente gran día, ¡nos íbamos de luna de miel! Las islas *Seychelles* nos esperaban.

—Despierta, preciosa. Hoy nos vamos de viaje.

—Pero, si a esta hora no deben estar puestas todavía ni las carreteras —estaba rendida de la marcha del día anterior, por no decir de la noche...

—Luego te apoyas en mí y te echas a dormir durante todo el viaje...

Nos subieron un desayuno que bien habría servido para aprovisionarnos durante toda la luna de miel, pero por lo visto no, era sólo para esa mañana. ¡De locos! El caso es que teníamos bastante hambre, ¡como si no nos hubiéramos hinchado el día anterior!

Ya en el avión, me espabilé bastante y empecé a charlar como si no hubiera un mañana, tal cual era mi costumbre.

—No me ha caído nada, de aquí no me puedo escapar —reía Liam.

—Por supuesto que no, te quedan tus buenas horitas teniéndome que soportar y, si no, no te hubieras casado conmigo —estaba yo de lo más combativa.

—¿A que llamo a tu madre y se lo cuento todo? —amenazó.

—Coge, coge el teléfono. Total, yo creo que te aprecia a ti más que a mí.

—¡Mira que eres exageradita! La mujer tiene su puntito sensible también, si hasta lloró en la iglesia.

—Sí, sí, pero que para una vez que mata un gato, no le pienso llamar matagatos, que a mí no me convences.

—Mujer, pues yo no lo veo para tanto, yo creo que le caigo bastante bien —le encantaba picarme con ese tema.

—Tú, sí, pero yo no. Hasta su gato le cae mucho mejor que su hija, pues a tomar vientos —yo pasaba olímpicamente del tema.

—Me muero por llegar a la playa y tumbarme allí a la sopa boba. —Liam había organizado el viaje minuciosamente y tenía más que seleccionados los sitios a los que quería que fuéramos.

—Y yo, ¡qué mala vida! Allí tumbados, en pleno paraíso, voy a tener unas ganas locas de

volver a España...

—A ver, que todo tiene su encanto, Kabul también era muy exótico, lo que pasa es que tú le cogiste manía.

—Yo me voy a cagar en todo lo que se menea, ¡me vas tú a comparar! —Él erre que erre con su ironía...

Camino del *resort* yo no podía dejar de dar saltos. Aquello era realmente increíble. Desde el coche que nos trasladó, veíamos la vida local del lugar, salpicada por aquellas playas y un paisaje verde que era una auténtica pasada.

Tal cual llegamos, nos dispusimos a salir a echar un primer vistazo, ¡lo estábamos deseando!

—Ponte otra vez esos shorts y no vemos nada de este sitio, te lo advierto —se echó a reír.

—¿Qué les pasa a mis shorts?

—A tus shorts nada. Me pasa a mí cuando los veo, que me dan ganas de comerte enterita.

Corrí hacia la puerta, pero no llegué.

—Ven aquí, que lo que está ahí fuera no se va a mover de sitio —empezó a besarme apasionadamente.

—¿No? ¿Estás seguro? Como tú eres el repelentillo que lo tienes todo tan controlado, pensé que teníamos todo el viaje milimetrado, vamos que no tendríamos tiempo, tú ya me entiendes...

—¡Serás...! Ven aquí que te voy a enseñar yo lo que es tomarse las cosas con tranquilidad...

Nos encantaban esos desafíos y esas luchas de poder en las que acabábamos riendo y follando a saco, el uno en brazos del otro.

En cuestión de segundos, el short había volado para un lado, el top hacia otro y yo estaba ya galopando desnuda sobre él, que estaba sentado en la cama.

—¿Esto qué es? ¿Aquí sólo trabajo yo? —Ya lo estaba buscando.

—Hombre claro, eso es porque miro por ti, haces ejercicio y luego no tienes que ponerte a dieta.

—¿Me estás llamando gorda? —Yo botaba sobre él y reía.

—¿Gorda, tú? Estás más buena que el pan y te encanta que te lo diga, pero esto es en previsión, en previsión, tú sigue saltando y yo ya luego te aviso si eso...

—¡Tendrás cara! Le arreé un almohadazo y me sacó de encima de él, poniéndose encima y aprisionándome por completo.

—¿Y ahora qué? Ya no te puedes mover...

—¿Y quién te ha dicho a ti que me quiera mover? Lo que quería es que te movieras tú y ya lo he conseguido —provoqué su risa.

Nosotros nos quedamos en la isla de *Mahé* y decidimos alquilar un coche para movernos por allí a nuestro aire, lo que menos nos apetecía era tener que estar pendiente del transporte público.

Nos moríamos por llegar a esas playas de las que tanto habíamos escuchado hablar y en concreto nos dirigimos a la de *Anse Beau Vallon* que nos pareció la leche.

Habíamos hecho un esfuerzo económico para ir hasta aquel lugar del mundo, pero cuando nos tumbamos en sus arenas blancas, comprendimos que todo había valido la pena.

—Madre mía, qué mal se está aquí —allí estábamos en nuestra tumbona y con nuestro coco en la mano.

—Claro, ahora ya lo entiendo todo.

—¿Qué entiendes, vida?

—Que el hermano de Cristian, que también vino aquí de viaje de novios, le decía a él que el dinero no da la felicidad, pero las *Seychelles* sí —negué con la cabeza.

—Bueno, a ver, por lo poco que llevamos visto, pero que resulta bastante ilustrativo, esto es un auténtico regalo, pero yo me quedo con la compañía —me abrazó.

—Ainss, ¡qué cosas más bonitas me dices! Esto se merece un buen *selfie*, con el que le voy a poner los dientes largos a los chicos ahora mismo.

—¡Anda que no eres trasto ni nada!

—¿Yo? La cuñada de Cristian sí que fue trasto, ¿sabes?

—¿Y eso? Cuéntame...

—Porque el tema fue sonado. Resulta que aquí conocieron a una pareja de franceses, también recién casados y se ve que a ella le moló eso de practicar el francés, vaya...

—¡¡No!!

—Lo que te cuento. Se pasaron aquí varios días excursión para arriba y excusión para abajo los cuatro y, a los dos meses de volver a España, ella le dijo al marido que continuaba hablando con el otro tío todos los días y que se había enamorado.

—¡Manda cojones!

—Pues sí...

—¿Y se fue con él?

—Sí, sí, la tía cogió las de Villadiego y no le volvimos a ver el pelo...

—¿En serio?

—¡Y tan en serio! Al final el pobre chico cambió de opinión sobre la isla, claro...

—Me parece de lo más fuerte... Eso se avisa antes, no será contagioso el tema, ¿no?

Nos echamos a reír. Lo cierto es que no lo veíamos probable. ¡Franceses a mí! Yo estaba con mi sargento que no cagaba...

Pasamos allí la tarde y, al caer noche, nos dispusimos a volver al hotel.

—¡Jo, vaya si huele bien! —dije al pasar por uno de aquellos puestecitos de pescado frito que ponían.

—¿Quieres?

—Pues mira sí, te cambio la mejor cena en el *resort*, por un poco de pescadito de ese que nos comamos sentados otra vez en la playita.

—¡Eso está hecho, nena!

El pescado frito nos supo a gloria. Aparte, llegamos a la conclusión de que lo mejor de estar en la isla era el no mirar ni un solo momento al reloj, el tiempo dejó de ser una preocupación. Todo era relax, pasión y diversión, una combinación casi mágica.

Aquella noche nos echamos a dormir, después de nuestra particular función nocturna, con la sensación de haber acertado de pleno con el destino de nuestro viaje. Estábamos entusiasmados y queríamos abrir bien los ojos para llevarnos impreso un pedacito de isla en los ojos de vuelta a España.

—¡Ey, cosa bonita! En marcha —ya había amanecido.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? Si yo me acabo de dormir —gruñí.

—¿Cómo que te acabas de dormir? Hora del desayuno. Hoy nos toca *snorkel*.

—¡No será verdad! —me senté de repente en la cama.

—¿Cómo que no? Estoy deseando ya verte con el equipo puesto...

—¿Cachondeito? Yo estoy buena de todas maneras y lo sabes...

—Y tanto que lo sé, pero no veo la hora de tenerte bajo agua, como a «La Sirenita...».

—Mira tú que chistoso se ha levantado el muchacho, pues una cosa te digo, te voy a dar la del pulpo «*bajo el mar, bajo el mar...*» —comencé a cantarle la canción de Ariel y él es que se partía cuando yo me ponía payasa.

—Este sitio en el que vamos a sumergirnos se llama «Alicia en el País de las Maravillas» —comentó cuando llegamos.

—Será «Alina en el País de las Maravillas...».

—Será lo que tú quieras bonita —nos estábamos poniendo el equipo y teníamos ya muchas ganas de disfrutar de esas aguas cristalinas que parecían llamarnos.

Y allí, bajo el agua tomamos conciencia de que las Seychelles eran una auténtica maravilla por fuera, pero también por dentro.

Entre corales y peces de colores amarillos y azules eléctricos, Liam y yo íbamos buceando y dándonos la mano. Vimos de todo, rocas, cuevas, cañones y vida marina en abundancia. Salimos exultantes.

—¿Qué te ha parecido, muñeca?

—A mí me ha encantado, pero una cosa te digo, yo no he visto ni rastro del puñetero conejo blanco.

—Desde luego, que lo que no se te ocurra a ti...

Los días fueron pasando y poco a poco, Liam iba tachando todo lo que llevaba en su lista de visitas obligatorias. Lo vivimos con las tortugas gigantes de Aldabra y también con el famoso «*Coco de Mer*», cuyas semillas nos contaron que alcanzaban hasta los 200 kilos de peso.

—Yo creo que esta gente es exagerada para todo. Vamos, que se te cae un coco de éstos en lo alto y pasas a mejor vida del tirón...

—¡Y ya no digas eso! Es que como los de aquí lo tengan todo igual de grande, nos van a dejar a los demás a la altura del betún. —Liam y sus reflexiones.

—Bueno, bueno, tú no tienes por qué preocuparte, que contigo, la madre naturaleza se ha portado muy, pero que muy bien...

—¿Sí? No sé yo, me han entrado ganas de comprobarlo, tira por detrás de los cocos esos y salimos de dudas —él no perdía oportunidad.

—¡Liam!

Y así estábamos siempre, enganchados.

Durante el día solíamos hacer excursiones y por la tarde, normalmente ya estábamos de vuelta, de modo que las últimas copas nos las tomábamos en el *resort*. Eso sí, si algo nos gustaba comprobar antes, es que los atardeceres en África no tienen parangón.

Nos sentábamos en la playa y yo me acomodaba en el pecho de Liam, mientras descubríamos cómo el enorme Sol descendía a toda velocidad, formando unas imágenes impresionantes.

—¿Qué piensas? —le pregunté la tarde antes de partir.

—Que me da igual el cómo o el dónde, sólo sé que quiero estar siempre contigo.

—Bueno, eso de igual... a Kabul no volvemos, ¿eh? Por lo que más quieras.

—No, no te preocupes. Creo que hemos hecho un buen trabajo allí, pero la vida son etapas. Ahora para nosotros comienza otra.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Sabes? Me di cuenta de que eras especial desde el mismo momento que te encontré, sola y asustada, aquella noche.

—Yo también lo noté en ti. Me sorprendió a más no poder tu fortaleza y tu seguridad. No tenías miedo, Liam.

—Sí, sí que lo tenía y mucho, sólo que lo disimulaba.

—Pues lo hacías muy bien.

—Y, de hecho, si te soy sincero, tenía miedo cuando iba solo, pero mucho más a partir del momento en el que nos vimos.

—¿Cómo puede ser? Al menos, ya ibas acompañado.

—Sí, mi niña, pero creo que fue verte y, en cierta medida, empezar a quererte. No sé qué hubiera sido de mí si te llega a pasar algo, si no hubiéramos llegado de una pieza...

—Pero no pasó nada. Creo que estábamos predestinados. Y fijate que yo me resistía porque, por más que me dijeran mis compañeros, me decía una y otra vez que «no es tiempo para amar...».

—Pues menos mal, ¡no imagino lo que habría pasado si llega a serlo!

Nos echamos a reír y comenzamos a andar, cogidos de la mano. Así era como queríamos continuar nuestro camino, un camino esperanzador que comenzó de la manera más insospechada, la que el destino nos tenía preparada. Había que rendirse a la evidencia, sí, sí fue tiempo para amar.

FIN